

Mujeres, raza
y clase

Angela Y. Davis



AKAL
CUESTIONES DE
ANTAGONISMO

Diseño interior y cubierta:
RAG
Maqueta de portada:
Sergio Ramírez

Título original
Women, Race & Class

Traducción y edición
Ana Varela Mateos

Reservados todos los derechos.
De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270
del Código Penal, podrán ser castigados con penas
de multa y privación de libertad quienes
reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica
fijada en cualquier tipo de soporte.

La presente traducción se publica por acuerdo con Random House, un sello de The Random House Ballantine
Publishing Group, una división de Random House, Inc.

© Angela Y. Davis, 1981
© Ediciones Akal, S. A., 2004
para lengua española
Sector Foresta, I
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028
www.akal.com
ISBN: 84-460-2093-9
Depósito legal: M. 41.066-2004
Impreso en Cofás, S. A.
Móstoles (Madrid)

Mujeres, raza y clase

Angela Y. Davis



Índice general

1. El legado de la esclavitud: modelos para una nueva feminidad	11
2. El movimiento antiesclavista y el nacimiento de los derechos de las mujeres	39
3. La clase y la raza en los albores de la campaña por los derechos de las mujeres	55
4. El racismo en el movimiento sufragista de las mujeres	77
5. El significado de la emancipación para las mujeres negras	93
6. Educación y liberación desde la perspectiva de las mujeres negras	105
7. El sufragio femenino a comienzos del siglo XX: la progresiva influencia del racismo	115
8. Las mujeres negras y el movimiento de los clubes	131
9. Mujeres obreras, mujeres negras y la historia del movimiento sufragista..	141
10. Mujeres comunistas	153
11. Violación, racismo y el mito del violador negro	175
12. Racismo, control de la natalidad y derechos reproductivos	203
13. El trabajo doméstico toca a su fin: una perspectiva de clase	221

5

El significado de la emancipación para las mujeres negras

«¡Maldito sea el cananeo!», gritaron los sacerdotes hebreos. «Un siervo de los siervos será él para sus hermanos.» [...] ¿No son siervos los negros? *iErgo!* Sobre este mito espiritual se levantó el anacronismo de la esclavitud estadounidense y aquí reside la degradación que convirtió en criados e inferiores a este noble pueblo de color.

[...] Cuando llegó la emancipación [...], el servicio doméstico había perdido su atractivo para el negro. El camino de la salvación para la multitud emancipada de su pueblo ya no estaba cruzando la puerta de la cocina con su amplio vestíbulo y sus patios de columnas al fondo. Descansaba, como todo negro sabía y sabe, en escapar de la servidumbre¹.

Después de veinticinco años de «libertad», una gran cantidad de mujeres negras todavía trabajaba en los campos. Las que habían alcanzado la «casa grande» encontraron que las puertas a las nuevas oportunidades se les cerraban a cal y canto, a menos que, por ejemplo, prefirieran lavar en su propia casa la ropa de varias familias blancas en lugar de realizar varias tareas domésticas para una sola de ellas. Sólo una proporción infinitesimal de mujeres negras había conseguido escapar de los campos, la cocina o las lavanderías. Según los datos del censo, en 1890 había 2,7 millones de jóvenes y mujeres negras por encima de los diez años de edad. Más de un millón de ellas trabajaba por un salario: el 38,7 por 100 en la agricultura, el 30,8 por 100 en el servicio doméstico en domicilios particulares, el 15,6 por 100 en trabajos de lavandería y un insignificante 2,8 por 100 en la industria². Las pocas que encontraron empleo en este sector normalmente desempeñaban el trabajo más sucio y peor pagado. Además, en realidad, no habían realizado un avance significativo, ya que sus madres esclavas también habían trabajado en las fábricas de algodón, en las refinerías

¹ W. E. B. DuBois, *Darkwater*, cit., p. 113.

² B. Wertheimer, *We Were There: The Story of Working Women in America*, cit., p. 228.

de azúcar e, incluso, en las minas. Para las mujeres negras de 1890, la libertad debió de parecer un futuro más remoto de lo que presumían al final de la guerra civil.

Al igual que durante la esclavitud, las mujeres negras que trabajaban en la agricultura como aparceras, como agricultoras arrendatarias o como braceras no estaban menos oprimidas que los hombres junto a los que trabajaban durante toda la jornada. A menudo, eran obligadas a firmar «contratos» con los propietarios de las tierras que trataban de reproducir las condiciones prebélicas. La fecha de expiración del contrato a menudo era una pura formalidad, dado que los dueños de las tierras podían reclamar que los trabajadores les debían más del equivalente al periodo de trabajo preestablecido. En el contexto posterior a la emancipación, una gran mayoría de los negros, tanto hombres como mujeres, se encontraba en un estado de servidumbre indefinida. Los apareceros, que pretendidamente eran propietarios del producto de su trabajo, no estaban en una situación preferible a la de los estrictos braceros³. Aquellos que «arrendaban» tierras inmediatamente después de la emancipación raramente poseían dinero para afrontar los pagos de la renta o para satisfacer otras necesidades antes de recoger su primera cosecha. Tanto los dueños de las tierras como los comerciantes exigían hasta un 30 por 100 de interés y retenían derechos de preferencia sobre las cosechas para garantizar su pago.

* Por supuesto, los agricultores no podían pagar tales intereses y al final del primer año se encontraron endeudados; el segundo año, lo intentaban de nuevo; pero había que hacer frente a la deuda anterior y al nuevo interés que pagar; de este modo, el «sistema de asegurar la deuda con la cosecha» se convertía en un derecho sobre toda la producción del que parecía imposible librarse⁴.

Mediante el sistema de contratación de presidiarios, las personas negras fueron obligadas a jugar el mismo papel que la esclavitud había reservado anteriormente para ellos. Tanto hombres como mujeres fueron arrestados y encarcelados bajo el más mínimo pretexto con el fin de ser cedidos por las autoridades a cambio de un precio como trabaja-

³ En el Sur posbélico, muy pocas personas ex esclavas tenían dinero para comprar sus propias tierras y muy pocos propietarios para pagar a quien las trabajara. En este contexto, el sistema de organización de la fuerza de trabajo agrícola que predominó fue el del arrendamiento de tierras articulado, básicamente, en dos tipos de contratos de aparcería. En el primero, una persona asumía la producción de una parcela a cambio de una serie de bienes, como la casa, herramientas, semillas, etc., y una parte de la cosecha. En el segundo, el contrato únicamente se refería al cultivo de la tierra y quien ostentaba la propiedad tenía derecho a quedarse con una parte de la cosecha previamente acordada. Por un lado, ambas opciones suponían que el propietario no abandonaba en ningún momento su vínculo con la tierra, presionando constantemente para que se aumentara la producción. Por otro, ambos sistemas obligaban a tener que depender de créditos constantes a cargo de las cosechas futuras y de los precios de venta marcados por los almacenistas locales [N. de la T.].

⁴ H. Aptheker, *A Documentary History of the Negro People in the United States*, vol. 2, cit., p. 747. «Tenant Farming in Alabama, 1889», tomado de *The Journal of Negro Education* 17 (1948), pp. 46 ss.

dores presidiarios. Si bien los propietarios de esclavos habían reconocido ciertos límites a la crueldad con la que explotaban a su «valiosa» propiedad humana, los agricultores del periodo de posguerra no necesitaban tales precauciones, puesto que empleaban a los presidiarios negros por periodos de tiempo relativamente cortos. «En muchos casos a los presos enfermos se les hacía esforzarse hasta que caían súbitamente muertos.»⁵

Tomando como modelo la esclavitud, el sistema de contratación de presidiarios no discriminaba entre mano de obra masculina y femenina. Con frecuencia, los hombres y las mujeres eran alojados en los mismos barracones de manera mezclada y se les enyuntaba juntos durante la jornada. En una resolución aprobada por la convención estatal de negros de Texas, «la practica de enyuntar o de encadenar juntos a los presos y a las presas» fue «duramente condenada»⁶. Asimismo, en la convención fundacional de la Liga Afroamericana [Afro-american League] celebrada en 1890, una de las siete razones con las que se justificaba la creación de esta organización era «el odioso y desmoralizante sistema penitenciario sureño, sus catervas de encadenados, el alquiler de presidiarios y la mezcla indiscriminada de hombres y mujeres»⁷.

Tal y como observaba W. E. B. DuBois, el lucro potencial del sistema de contratación de convictos persuadió a muchos de los propietarios de las plantaciones a depender únicamente de este tipo de mano de obra, y algunos de ellos llegaron a emplear una fuerza de trabajo integrada por cientos de presidiarios negros⁸. Por consiguiente, tanto los empleadores como las autoridades estatales adquirieron un sumo interés lucrativo en aumentar el volumen de la población carcelaria. «Desde 1876 —señala DuBois— los negros han sido arrestados por la más leve provocación y han sido castigados con dilatadas condenas de cárcel o con onerosas multas que estaban forzados a saldar.»⁹

Esta perversión del sistema de justicia penal era opresiva para toda la población ex esclava. Pero las mujeres estaban especialmente expuestas a recibir las brutales agresiones del sistema judicial. El abuso sexual que rutinariamente habían sufrido durante la época de la esclavitud no se detuvo por el advenimiento de la emancipación. En realidad, todavía «las mujeres de color eran vistas como la presa legítima del hombre blanco»¹⁰ y, si se resistían a las agresiones sexuales de éste, eran arrojadas con frecuencia a prisión para ser doblemente oprimidas por un sistema que constituía un «retorno a otra forma de esclavitud»¹¹.

Durante el periodo posterior a la esclavitud, la mayoría de las mujeres negras trabajadoras que no faenaban en los campos se vieron obligadas a convertirse en criadas domésticas.

⁵ *Ibid.*, Texas State Convention of Negroes, 1883, p. 689.

⁶ *Ibid.*, p. 690.

⁷ *Ibid.*, Founding Convention of Afro-American League, 1890 p. 704.

⁸ W. E. B. DuBois, *Black Reconstruction in America*, cit., p. 698.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ *Ibid.*, p. 699.

¹¹ *Ibid.*, p. 698.

Su difícil situación llevaba el sello inconfundible de la esclavitud como igualmente lo llevaba el de sus hermanas aparceras o trabajadoras convictas. De hecho, la propia esclavitud había sido llamada eufemísticamente la «institución doméstica» y se había descrito a los esclavos como «criados domésticos» inofensivos. Para los antiguos propietarios de esclavos, el «servicio doméstico» debe de haber sido un término cortés para aludir a una ocupación indigna que prácticamente rozaba la esclavitud. Aunque las mujeres negras trabajaban como cocineras, niñeras, sirvientas y criadas para todo, las mujeres blancas sureñas unánimemente rechazaban este tipo de trabajo. Fuera del Sur, las mujeres blancas que trabajaban en el servicio doméstico eran generalmente europeas inmigrantes que, al igual que sus hermanas ex esclavas, estaban obligadas a aceptar el primer empleo que se encontraban.

Sin embargo, la equiparación ocupacional de las mujeres negras con el servicio doméstico no era un simple vestigio de la esclavitud destinado a desaparecer con el paso del tiempo. Durante casi un siglo, un número significativo de ex esclavas fue incapaz de escapar del trabajo doméstico. La historia de una trabajadora doméstica de Georgia, recogida por un periodista de Nueva York en 1912, reflejaba la difícil situación económica de las décadas anteriores, así como de las venideras¹². Más de las dos terceras partes de las mujeres negras de su ciudad estaban obligadas a arrendar sus servicios como cocineras, niñeras, lavanderas, camareras domésticas, vendedoras ambulantes o porteras, y estaban atrapadas en condiciones que eran «exactamente igual de duras, cuando no peores, que las que soportaban bajo la esclavitud»¹³.

Durante más de treinta años, esta mujer negra había vivido contra su deseo en todos los hogares donde había estado empleada. Trabajaba hasta 14 horas al día y, generalmente, sólo tenía permitido visitar a su familia una tarde cada dos semanas. Según sus propias palabras, era «la esclava, en cuerpo y alma» de sus empleadores blancos¹⁴. Siempre se la llamaba por su nombre de pila, nunca señora, y no era extraño que se refiriera a ella como su «negrita», en otras palabras, su esclava¹⁵.

Uno de los aspectos más humillantes del trabajo en el servicio doméstico en el Sur, y que suponía otra confirmación de su afinidad con la esclavitud, era la suspensión temporal de las Leyes de Jim Crow¹⁶ siempre y cuando la sirvienta negra estuviera en presencia de una persona blanca.

¹² H. APTEKER, *A Documentary History of the Negro People in the United States*, vol. 1, Secaucus, Nueva Jersey, The Citadel Press, 1973, p. 46. «A Southern Domestic Worker Speaks», *The Independent*, vol. LXXII (25 de enero de 1912).

¹³ *Ibid.*, p. 46.

¹⁴ *Ibid.*, p. 47.

¹⁵ *Ibid.*, p. 50.

¹⁶ A partir del fin de la Reconstrucción, la política legislativa de los Estados sureños referida a los negros consistió, por un lado, en ir limando hasta hacer desaparecer su derecho a votar y, por otro,

[...] he viajado en los tranvías o en los vagones del ferrocarril con los niños blancos y [...] podía sentarme donde quería, delante o detrás. Si ocurría que un hombre blanco preguntaba a otro hombre blanco «¿Qué hace aquí esa negra?» y se le decía «Oh, ella es la niñera de aquellos niños blancos que tiene enfrente», inmediatamente se hacía un silencio de aprobación. Todo estaba bien en la medida en que, si yo estaba en la parte del tranvía o en el vagón que pertenecía al hombre blanco, era en calidad de sirvienta —esclava—, pero, tan pronto como no me presentaba como un ser inferior [...] por no tener a los niños blancos conmigo, me asignaban, en el acto, los asientos de los «negratos» o el «vagón de las personas de color»¹⁷.

Desde la etapa de Reconstrucción hasta nuestros días, las mujeres negras empleadas en el servicio doméstico han considerado como uno de sus principales riesgos laborales el abuso sexual perpetrado por el «hombre de la casa». Han sido víctimas de un acoso constante en el trabajo que las ha obligado a tener que elegir entre la sumisión sexual y la pobreza absoluta para ellas mismas y para su familia. En una ocasión, la mujer de Georgia mencionada hace un instante perdió uno de sus trabajos en régimen de interna porque «me negué a dejar que el marido de la señora me besara»¹⁸.

[...] Poco después de que me instalara como cocinera, se me acercó y me rodeó con sus brazos pero cuando estaba a punto de besarme le exigí que me dijera lo que pretendía, y después le aparté de un empujón. En aquel entonces yo era joven y acababa de casarme, y no sabía lo que desde entonces llevo como una carga sobre mi cabeza y en mi corazón: que en esta parte del país la virtud de una mujer de color no está protegida¹⁹.

en recoger en normas jurídicas, confiriéndoles el carácter de obligatorias, las prácticas de segregación racial que seguían vigentes en esta parte del país. El contenido clásico de estas leyes, conocidas como las Leyes de Jim Crow, era la prohibición de los matrimonios mixtos y la disposición de compartimentos y vagones separados en los transportes públicos, pero podía regular casi cualquier cosa según el criterio de cada Estado. Por ejemplo, era habitual que prohibieran a los restaurantes servir comida en el mismo salón a personas blancas y negras o que obligaran a todo tipo de instituciones y establecimientos a tener mostradores de atención al público separados. Estas leyes continuaron en vigor hasta la década de los sesenta, en la que fueron progresivamente abolidas gracias al auge del movimiento por los derechos civiles. En todo caso, antes de que los Estados sureños pudieran comenzar a promulgar estas leyes sin riesgo de ser consideradas anticonstitucionales y, por lo tanto, derogadas, fue necesario que el Tribunal Supremo, en dos sentencias históricas, diera vía libre a la segregación legal contraviniendo, de hecho, lo previsto en la Decimocuarta Enmienda y en la Ley de Derechos Civiles de 1875. En 1896, este tribunal falló que los derechos de los negros no se veían infringidos por la utilización de instalaciones separadas, puesto que ambas eran iguales y, en 1899, dictó otra sentencia en la que se extendía el principio de «separados pero iguales» a las escuelas [N. de la T.].

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*, p. 49.

¹⁹ *Ibid.*

Exactamente igual a como ocurría en la época de la esclavitud, el hombre negro que protestaba por el tratamiento recibido por su hermana, hija o esposa era invariablemente castigado por ello.

Cuando mi marido fue a ver al hombre que me había ofendido, éste le insultó, le dio una bofetada le hizo que le arrestaran! La policía puso una multa a mi marido de 25 dólares²⁰.

Y, después de que ella testificara bajo juramento ante un tribunal, «el anciano juez levantó los ojos y dijo: "Este tribunal nunca dará crédito a la palabra de una negra si contradice a la de un hombre blanco"»²¹.

En 1919, cuando la dirección sureña de la Asociación Nacional de Mujeres de Color [National Association of Colored Women] redactó sus reivindicaciones, las condiciones del servicio doméstico fueron lo primero en quedar recogido en su lista. Estaban en todo su derecho a protestar por lo que ellas educadamente llamaron «exposición a tentaciones morales» en el trabajo²². Sin lugar a dudas, la trabajadora doméstica de Georgia habría expresado su acuerdo incondicional con las protestas de la asociación. En palabras suyas:

Yo creo que casi todos los hombres blancos se toman, y aspiran a tomarse, libertades incorrectas con sus sirvientas de color, no sólo los padres, sino en muchos casos también los hijos. Las sirvientas que se rebelan contra estas confianzas deben, o bien marcharse, o bien aguardar a pasarlo muy mal si se quedan²³.

Desde la implantación del régimen esclavista, la condición de vulnerabilidad de la trabajadora doméstica no ha dejado de alimentar muchos de los sempiternos mitos acerca de la «inmoralidad» de las mujeres negras. En este clásico escenario de «entre la espada y la pared», el trabajo doméstico se considera degradante porque ha sido realizado en una proporción desmesurada por mujeres negras, quienes a su vez son percibidas como «ineptas» y «promiscuas». Pero la ineptitud y la promiscuidad que se les atribuye son mitos que se ven repetidamente confirmados por el trabajo degradante que están obligadas a realizar. Como observó W. E. B. DuBois, cualquier hombre blanco «decente» le cortarían el cuello a su hija antes que permitirle aceptar un empleo en el servicio doméstico²⁴.

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*

²² G. Lerner (ed.), *Black Women in White America: A Documentary History*, cit., p. 462; «The Colored Women's Statement to the Women's Missionary Council, American Missionary Association».

²³ H. Aptheker, *A Documentary History of the Negro People in the United States*, vol. 1, cit., p. 49.

²⁴ W. E. B. DuBois, *Darkwater*, cit., p. 116.

Desde el momento en el que las personas negras comenzaron a emigrar hacia el Norte, tanto los hombres como las mujeres descubrieron que sus patrones blancos fuera del Sur no eran esencialmente distintos, en sus actitudes respecto a las potenciales ocupaciones de los esclavos recién liberados, a sus antiguos propietarios. Todo indicaba que ellos también creían que «los negros son criados y los criados son negros»²⁵. Según el censo de 1890, Delaware era el único Estado fuera del Sur donde la mayoría de las personas negras eran agricultores y aparceros, y no sirvientes domésticos²⁶. En 32 de 48 estados, el servicio doméstico era la ocupación dominante tanto para los hombres como para las mujeres. En siete de cada 10 Estados, había más personas negras trabajando en este sector de empleo que en la suma de todas las demás ocupaciones²⁷. El informe del censo era la prueba de que *los negros son criados y los criados son negros*.

El ensayo capital sobre el servicio doméstico escrito por Isabel Eaton y publicado en el estudio de DuBois de 1899 titulado *The Philadelphia Negro* revela que el 60 por 100 de todos los trabajadores negros del Estado de Pensilvania estaba contratado para realizar algún tipo de trabajo doméstico²⁸. La apurada situación de las mujeres era todavía peor, ya que casi el 91 por 100 –14.297 de 15.704– de las mujeres negras trabajadoras estaban empleadas como criadas domésticas²⁹. Después de haber viajado al Norte huyendo de la vieja esclavitud, descubrían que, simplemente, no había otras ocupaciones a su alcance. En el transcurso de la investigación para su estudio, Eaton entrevistó a varias mujeres que en el pasado habían enseñado en escuelas pero que a causa de los «prejuicios» habían sido despedidas³⁰. Tras ser expulsadas de las aulas, no les quedaba otro remedio que trabajar en las lavanderías y en la cocina.

De las cincuenta y cinco empleadoras entrevistadas por Eaton, sólo hubo una que prefería a las sirvientas blancas frente a las negras³¹. En palabras de una empleadora:

Yo pienso que se juzga injustamente a las personas de color en lo que respecta a su honestidad, su higiene y su honradez; mi experiencia con ellas es que son impecables en todos los sentidos y absolutamente honestas; de hecho, todo lo que diga de ellas es poco³².

²⁵ *Ibid.*, p. 115.

²⁶ Isabel EATON, «Special Report on Negro Domestic Service», en W. E. B. DuBois, *The Philadelphia Negro* [1899], Nueva York, Schocken Books, 1967, p. 427.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*, p. 428.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ *Ibid.*, p. 465.

³¹ *Ibid.*, p. 484.

³² *Ibid.*, p. 485.

Las formas en las que opera el racismo son intrincadas. Las empleadoras que creían que hacían un cumplido a las personas negras manifestando su preferencia por ellas lo que en realidad estaban argumentando era que el trabajo servil —francamente, el esclavo— era un trabajo destinado para las personas negras. Otra empleadora describía a su cocinera como «muy cumplidora y meticulosa, o sea, laboriosa. Es una criatura buena, fiel y muy agradecida»³³. Naturalmente, la «buena» sirvienta siempre es fiel, honrada y agradecida. Las Delseys (*à la* Faulkner), las Berenices (de *Franky y la Boda*) y las tías Jeminas de fama comercial se han convertido en personajes prototípicos de la cultura estadounidense. Así pues, la única mujer entrevistada por Eaton que sí que prefería a las criadas blancas confesaba que, en realidad, empleaba ayuda negra «porque daban más la impresión de sirvientes»³⁴. La definición tautológica de las personas negras como sirvientes es, efectivamente, uno de los recursos esenciales de la puesta en escena de la ideología racista.

El racismo y el sexismo convergen a menudo y las condiciones de las trabajadoras blancas están habitualmente condicionadas por la opresiva situación que atenaza a las mujeres de color. De este modo, los salarios recibidos por las mujeres blancas que trabajan en el servicio doméstico siempre han estado fijados en función del criterio racista que ha servido para calcular los salarios de las sirvientas negras. Las mujeres inmigrantes obligadas a aceptar un empleo doméstico percibían poco más de lo que ganaban sus compañeras negras. Respecto a su retribución salarial potencial, estaban muchísimo más cerca de sus hermanas negras que de sus hermanos blancos trabajadores³⁵.

Si bien las mujeres blancas nunca recurrían al trabajo doméstico a menos que estuvieran convencidas de que no iban a encontrar algo mejor, las mujeres negras estuvieron atrapadas en estas ocupaciones hasta la llegada de la Segunda Guerra Mundial. Incluso en la década de los cuarenta, en las esquinas de algunas calles de Nueva York y de otras grandes ciudades había mercados —versiones modernas de los lotes de subastas de esclavos— donde las mujeres blancas eran invitadas a elegir entre el tropel de mujeres negras que se arremolinaban buscando trabajo.

Todas las mañanas, llueva o haga sol, se ponen en las esquinas de las calles en el Bronx y en Brooklyn grupos de mujeres cargadas de bolsas de papel marrón o de maletas baratas esperando una oportunidad para conseguir algo de trabajo [...]. Frecuentemente, después de haber sido contratadas en el «mercado de esclavas», estas mujeres se encuentran con que,

³³ *Ibid.*

³⁴ *Ibid.*, p. 484.

³⁵ *Ibid.*, p. 449. Eaton aporta evidencias que «apuntan a la probabilidad de que, al menos entre las mujeres que trabajan en el servicio doméstico, no hay diferencia entre “la paga blanca y la paga negra”».

tras un deslomador día de faena, han trabajado más tiempo del que se acordó, han obtenido menos de lo que se les prometió, fueron obligadas a aceptar ropa en lugar de dinero y han sido explotadas más allá de lo que puede resistir un ser humano. Sólo la urgente necesidad de dinero hace que se sometan diariamente a esta rutina³⁶.

Nueva York contaba aproximadamente con doscientos de estos «mercados de esclavas», muchos de ellos localizados en el Bronx, donde «prácticamente cualquier esquina al norte de la calle 167» era un punto de reunión para mujeres negras en busca de trabajo³⁷. En un artículo publicado en *The Nation* en 1938 —el texto se titulaba «Our Feudal Housewives» [«Nuestras amas de casa feudales»]—, se decía que aquellas mujeres trabajaban más de setenta y dos horas a la semana y recibían los salarios más bajos de todos los empleos³⁸.

A pesar de ser el empleo menos gratificante de todos, el trabajo doméstico ha sido también el más difícil de sindicalizar. Ya en 1881, las trabajadoras domésticas estaban entre las mujeres que acudían a las sedes de los Caballeros del Trabajo [Knights of Labour] cuando esta organización retiró su prohibición de acoger mujeres entre sus miembros³⁹. Sin embargo, muchas décadas más tarde, los organizadores sindicales que trataban de agrupar a las trabajadoras domésticas se enfrentaban exactamente a los mismos obstáculos que sus predecesores. Durante la década de los treinta, Dora Jones fundó y dirigió el Sindicato de Trabajadores en el Servicio Doméstico de Nueva York [New York Domestic Workers Union]⁴⁰. En 1939, cinco años después de su creación, únicamente 350 de las 100.000 personas empleadas en este sector se habían unido al sindicato. Sin embargo, dadas las enormes dificultades para organizar a las mismas, no se trataba, en absoluto, de un logro sin importancia.

Las mujeres blancas, incluidas las feministas, han mostrado un rechazo histórico a reconocer las luchas de las empleadas del hogar. Y pocas veces se han implicado en la tarea de Sísifo que supone tratar de mejorar las condiciones en las que se desempeña este trabajo. La conveniente omisión, pasada y presente, de los problemas de las trabajadoras domésticas en los programas de las feministas de «clase media» a menudo se ha revelado como una justificación velada, al menos por parte de las mujeres adineradas, de la explotación a la que ellas mismas someten a sus criadas. En 1902, la autora de un artículo titulado «A Nine-Hour Day for Domestic Servants» [«Jornada de nueve horas

³⁶ G. Lerner (ed.), *Black Women in White America: A Documentary History*, cit., pp. 229-231. Louise MITCHELL, «Slave Markets Typify Exploitation of Domestic», *The Daily Worker* (5 de mayo de 1940).

³⁷ Gerda LERNER, *The Female Experience: An American Documentary*, Indianápolis, Bobbs-Merrill, 1977, p. 269.

³⁸ *Ibid.*, p. 268.

³⁹ B. Wertheimer, *We Were There: The Story of Working Women in America*, cit., pp. 182-183.

⁴⁰ G. Lerner (ed.), *Black Women in White America: A Documentary History*, p. 232.

para las trabajadoras domésticas»] reproducía una conversación que había mantenido con una amiga feminista a raíz de que ésta le pidiera que firmara una petición. Su contenido estaba dirigido a presionar a los patrones para que proporcionaran asientos a las dependientas.

«Las chicas», dijo, «tienen que estar de pie diez horas al día y me rompe el corazón ver sus rostros fatigados.»

«Sra. Jones», le dije, «¿cuántas horas al día pasa su criada de pie?»

«¿Por qué?, no lo sé» masculló, «supongo que cinco o seis.»

«¿A qué hora se levanta?»

«A las seis.»

«¿Y a qué hora termina por la noche?»

«Oh, creo que sobre las ocho, normalmente.»

«Eso hacen catorce horas...»

«[...] Muchas veces se puede sentar mientras trabaja.»

«¿Haciendo qué? ¿Lavando? ¿Planchando? ¿Barriendo? ¿Haciendo las camas? ¿Cocinando? ¿Lavando los platos? [...] Quizá se sienta dos horas en sus comidas y cuando prepara las verduras, y luego tiene una hora por la tarde cuatro días a la semana. Según eso, tu criada está de pie al menos siete horas al día, incluido un plus por subir escaleras. A mí me parece que su caso es más lamentable que el de la dependienta de los almacenes.»

A mi peticionaria se le pusieron las mejillas coloradas y sus ojos despedían chispas. «Mi criada siempre tiene el domingo después de la cena», dijo.

«Sí, pero la dependienta tiene todo el día del domingo. Por favor, no te vayas hasta que yo haya firmado esa petición. A nadie complacerá tanto como a mí ver que las dependientas tienen la oportunidad de sentarse...»⁴¹

Esta militante feminista estaba ejerciendo la misma opresión contra la que protestaba. Pero su comportamiento contradictorio y su extrema insensibilidad no carecen de explicación, ya que las personas que trabajan como sirvientas, generalmente, son consideradas inferiores a los seres humanos. Para Hegel el empeño constante en aniquilar la conciencia del esclavo es consustancial a la dinámica de la relación amo-esclavo (o señora-criada). La dependienta a la que se hacía referencia en la conversación era una trabajadora asalariada, un ser humano poseedor de, al menos, una pizca de independencia respecto a su empleador y a su trabajo. Por otro lado, la sirvienta únicamente trabajaba para la satisfacción de las necesidades de su señora. Probablemente, al consi-

⁴¹ Inez GOODMAN, «A Nine-Hour Day for Domestic Servants», *The Independent*, vol. LIX (13 de febrero de 1902). Citado en R. Baxandall et al. (eds.), *America's Working Women: A Documentary History - 1600 to the Present*, cit., pp. 213-214.

derar a su sirvienta como una mera prolongación de sí misma, era muy difícil que la feminista pudiera ser consciente de su propio papel activo como opresora.

Como Angelina Grimke había declarado en su *Appeal to the Christian Women of the South*, las mujeres blancas que no se enfrentaban a la institución de la esclavitud eran sumamente culpables a causa de su inhumanidad. En la misma dirección, el Sindicato de Trabajadores en el Servicio Doméstico exponía el papel desempeñado por las amas de casa de clase media en la opresión de las trabajadoras domésticas negras.

El ama de casa carga con la acusación de ser la peor patrona del país.

[...] Las amas de casa de Estados Unidos hacen trabajar a su millón y medio de empleadas setenta y dos horas a la semana y les pagan [...] lo que arañan de su presupuesto después de haber pagado al tendero, al carnicero..., etc.⁴².

La desesperada situación económica de las mujeres negras —que desempeñaban el peor de todos los trabajos y que, por si fuera poco, eran ignoradas— no dio muestras de cambio hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Según el censo de 1940, en vísperas de la guerra el 59,5 por 100 de las mujeres negras con un empleo eran trabajadoras domésticas, y el 10,4 por 100 trabajaba en ocupaciones no relacionadas con este sector⁴³. En realidad, dado que todavía alrededor de un 16 por 100 trabajaba en los campos, apenas una de cada 10 mujeres negras trabajadoras había empezado a escapar de las viejas cadenas de la esclavitud. Ni siquiera aquellas que lograron introducirse en la industria y en otras profesiones tenían mucho de lo que vanagloriarse, ya que, por regla general, eran destinadas a ocupar los puestos peor pagados de estos sectores. Cuando Estados Unidos decidió intervenir en la Segunda Guerra Mundial y el trabajo femenino asumió la tarea de mantener en funcionamiento la economía de guerra, más de 400.000 mujeres negras dijeron adiós a sus empleos domésticos. En el momento álgido de la guerra habían doblado sobradamente su presencia en la industria. Sin embargo, y esta matización es ineludible, todavía en la década de los sesenta al menos una tercera parte de las mujeres negras trabajadoras permanecía encadenada a los mismos empleos domésticos de antaño y un quinto trabajaba en el sector servicios fuera del ámbito doméstico⁴⁴.

En su acerado ensayo crítico titulado «The Servant in the House» [«La sirvienta de la casa»], W. E. B. DuBois sostenía que, mientras el trabajo doméstico fuera la norma para la gente negra, la emancipación siempre seguiría siendo una abstracción concep-

⁴² G. Lerner, *The Female Experience: An American Documentary*, cit., p. 268.

⁴³ Jacquelyne JOHNSON JACKSON, «Black Women in a Racist Society», en Charles WILLIE et al. (eds.), *Racism and Mental Health*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1973, p. 236.

⁴⁴ *Ibid.*

tual. «El negro –insistía DuBois– no se acercará a la libertad hasta que esta odiosa insignia de la esclavitud y del medievalismo se haya reducido, como mínimo, a un 10 por 100.»⁴⁵ Los cambios impulsados por la Segunda Guerra Mundial proporcionaron sólo un vislumbre de progreso. Después de ocho largas décadas de «emancipación», los signos de la libertad eran sombras tan vagas y tan lejanas que había que esforzarse mucho para percibir su presencia.

6

Educación y liberación desde la perspectiva de las mujeres negras

Millones de personas negras, y especialmente las mujeres, estaban convencidas de que la emancipación era «la llegada del Señor»¹.

Con ella se daba cumplimiento a la profecía y a la leyenda. Era el Amanecer Dorado tras un milenio de cadenas. Todo era perfecto, milagroso, prometedor².

El Sur se llenó de regocijo. Emanaba como un perfume, como un ruego. Los hombres zozobraban. Las esbeltas muchachas, morenas, maravillosas y bellas con su pelo revuelto, lloraban silenciosamente; las mujeres jóvenes, negras, de color ámbar oscuro, níveas y doradas alzaban las manos temblorosas, y las ancianas y desgarradas madres, negras y grises, elevaban graves voces y gritaban a Dios por los campos y apuntando hacia las rocas y las montañas³.

Una exquisita canción comenzó a escucharse, la más preciosa que haya nacido a este lado de los mares. Era una canción nueva [...] y su profunda y sentida belleza, sus magníficas cadencias y su llamada llena de emoción, vibraba y bramaba en los oídos del mundo con un mensaje rara vez escuchado por el hombre. Se diseminaba e impregnaba como el incienso, espontáneo y renacido desde una edad dejada atrás hace mucho tiempo, y su composición entrelazaba en sus palabras y en sus ideas las viejas y las nuevas melodías⁴.

Cuando las personas negras dieron la bienvenida al advenimiento de la emancipación apenas habían empezado a celebrar los principios abstractos de la libertad. En el momento en el que ese «gran lamento humano se rompió en el viento y arrojó sus

¹ W. E. B. DuBois, *Black Reconstruction in America*, cit., cap. V.

² *Ibid.*, p. 122.

³ *Ibid.*, p. 124.

⁴ *Ibid.*

lágrimas al mar, pues era libre, libre, libre»⁵, las personas negras no estaban dando rienda suelta al fervor religioso. Sabían exactamente lo que querían: tanto los hombres como las mujeres querían una tierra, querían el voto y «ardían en deseos de tener escuelas»⁶.

Al igual que el pequeño y joven esclavo Frederick Douglass, muchos de los cuatro millones de personas que celebraron la emancipación habían comprendido desde hacía mucho tiempo que «el conocimiento hace a un joven inservible como esclavo»⁷. Y, como el amo de Douglass, los antiguos propietarios de esclavos también percibieron que, «si a un negro le das la mano, te tomará el brazo. La educación echará a perder al mejor negro del mundo»⁸. La proscripción del amo de Douglass no fue óbice para que él continuara en secreto su búsqueda de conocimiento. En poco tiempo podía escribir todas las palabras del *Webster's Spelling-Book*, y en la clandestinidad de la noche fue perfeccionando sus conocimientos estudiando la Biblia familiar y otros libros. Por supuesto, Frederick Douglass era un ser humano excepcional que se convirtió en un brillante pensador, escritor y orador. Pero su deseo de aprender no era en absoluto excepcional entre las personas negras, ya que ellas siempre habían manifestado un anhelo profundamente arraigado de adquirir conocimiento. Había muchos esclavos que también querían ser «inservibles» para la tormentosa existencia que llevaban. En una entrevista realizada durante la década de los treinta, una ex esclava llamada Jenny Proctor recordaba el *Webster's Spelling-Book* que ella y sus amigos habían estudiado furtivamente:

A ninguno de nosotros se nos permitía ver un libro o intentar aprender. Ellos decían que si aprendíamos algo seríamos más listas que ellos, entonces lo que hicimos fue deslizarnos por allí y agarrar esa vieja ortografía de Webster con la solapa azul, esconderla hasta que se acerca la noche y, después, encender una pequeña antorcha hecha con madera de pino y ponernos a estudiar ese libro de ortografía. Y, también, a aprenderlo. Hoy en día puedo leer algo y también escribir un poco⁹.

Las personas negras descubrieron que la promesa de que la emancipación traería «cuatro acres y una mula» no era más que un rumor malintencionado. Tendrían que luchar por la tierra, tendrían que luchar por el poder político y, después de siglos de ser privados de educación, afirmarían enérgicamente su derecho a saciar su profundo anhelo de saber. Las personas negras recién liberadas de Memphis se reunieron en

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.* p. 123.

⁷ F. Douglass, *The Life and Times of Frederick Douglass*, cit., p. 79.

⁸ *Ibid.*

⁹ M. Watkins y J. David (eds.), *To Be a Black Woman: Portraits in Fact and Fiction*, cit., p. 18.

asamblea y resolvieron que la educación era la prioridad absoluta, siguiendo los pasos de sus hermanas y hermanos de todo el Sur. En el aniversario de la Proclamación de la Emancipación, los asistentes a aquella reunión apremiaron a los maestros del Norte a:

[...] traer sus tiendas de campaña con ellos, listas para ser montadas en el campo, en el borde de la carretera o en el fuerte, y no esperar a que mientras se libra una guerra se levanten magníficos edificios¹⁰.

Los poderes misticantes del racismo a menudo emanan de su lógica irracional e inextricable. Según la ideología dominante, las personas negras eran supuestamente incapaces de realizar progresos intelectuales. Al fin y al cabo, habían sido bienes muebles e inferiores, por naturaleza, a los arquetipos blancos de humanidad. Pero si realmente fueran inferiores biológicamente, no habrían manifestado ni el deseo ni la capacidad de aprender. Luego, no hubiera sido necesaria ninguna prohibición de la enseñanza. En realidad, las personas negras siempre habían exhibido claramente una impaciencia feroz en lo que se refiere a recibir educación.

El deseo de saber siempre había estado ahí. Ya en 1787, un grupo de personas negras había cursado peticiones al Estado de Massachusetts en las que se solicitaba el derecho de asistir a las escuelas públicas de Boston¹¹. Después de que la petición hubiera sido rechazada, Prince Hall, el líder de esta iniciativa, estableció una escuela en su propia casa¹². Tal vez la ilustración más extraordinaria de esta temprana reivindicación de la enseñanza la constituya la obra de una ex esclava nativa de África. En 1793, Lucy Terry Prince exigió osadamente una audiencia ante el consejo rector del recién fundado Colegio Williams para Hombres [Williams College for Men], por haberse negado a admitir a su hijo. Lamentablemente, los prejuicios racistas eran tan fuertes que la lógica y la elocuencia de Lucy Terry Prince no pudieron hacer mella en los rectores de esta institución de Vermont. Aun así, ella defendió pujantemente el deseo, y el derecho, de su pueblo a recibir educación. Dos años más tarde, Lucy Terry Prince defendió con éxito una demanda relativa a unas tierras ante el más alto tribunal del país y, según los documentos que han llegado hasta nosotros, continúa siendo la primera mujer en haberse dirigido al Tribunal Supremo estadounidense¹³.

También fue 1793 el año en el que una ex esclava que había comprado su libertad fundó una escuela en la ciudad de Nueva York que sería conocida como la Escuela para Pobres de Katy Ferguson [Katy Ferguson's School for the Poor]. Sus alumnos eran tanto

¹⁰ H. Aptheker, *A Documentary History of the Negro People in the United States*, vol. 1, cit., p. 493.

¹¹ *Ibid.*, p. 19.

¹² *Ibid.*

¹³ B. Wertheimer, *We Were There: The Story of Working Women in America*, cit., pp. 35-36.

negros como blancos (28 y 20, respectivamente) y muy posiblemente tanto niños como niñas¹⁴. Cuarenta años más tarde, la joven profesora blanca Prudence Crandall defendió el derecho de las niñas negras a asistir a su escuela en Canterbury, Connecticut, hasta las últimas consecuencias. Siguió enseñando a sus alumnas negras obstinadamente hasta que la arrastraron a la cárcel por negarse a cerrar la escuela¹⁵. Otra mujer blanca encarcelada por conducir una escuela para niños negros fue Margaret Douglass en Norfolk, Virginia¹⁶.

Los ejemplos más emblemáticos de solidaridad fraterna por parte de las mujeres blancas hacia las negras están ligados a la histórica lucha del pueblo negro para recibir educación. Al igual que Prudence Crandall y que Margaret Douglass, Myrtila Miner arriesgó su vida, literalmente, por tratar de impartir sus conocimientos a jóvenes negras¹⁷. En 1851, cuando inició su proyecto para establecer una escuela de maestras negras en Washington DC, ya había sido profesora de niños negros en Misisipí, un Estado donde la educación de las personas negras estaba tipificada como delito. Después de la muerte de Myrtila Miner, Frederick Douglass relató su propia incredulidad cuando ella le anunció sus planes por primera vez. Al principio de su primera reunión, él sospechaba de su seriedad, pero luego se dio cuenta de que:

{...} las llamas del entusiasmo iluminaban sus ojos y de que en su alma ardía el espíritu de una verdadera mártir. Yo sentía una mezcla de gozo y de consternación. Pensé: aquí está otra empresa insensata, peligrosa, temeraria y destinada a traer únicamente el fracaso y el sufrimiento. Pero me embargó una gran admiración hacia la heroica propuesta de esta delicada y frágil persona que tenía, o más exactamente, que se paseaba, delante de mí¹⁸.

No mucho tiempo después Douglass admitió que ninguna de las advertencias que le dirigió, ni siquiera las historias de los ataques recibidos por Prudence Crandall y Margaret Douglass, pudieron quebrantar su determinación a fundar una escuela para maestras negras.

La propuesta me parecía imprudente, casi hasta el punto de llegar a la locura. Veía en mi imaginación a esta mujer menuda y frágil acosada por la ley, insultada en la calle, víctima de la maldad del propietario de esclavos y, posiblemente, agredida por una turba¹⁹.

¹⁴ G. Lerner (ed.), *Black Women in White America: A Documentary History*, cit., p. 76.

¹⁵ *Ibid.* Véase el capítulo 2.

¹⁶ P. Foner (ed.), *The Life and Writings of Frederick Douglass*, vol. 4, cit., p. 553, n. 16.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 371 y ss.

¹⁸ *Ibid.*, p. 372.

¹⁹ *Ibid.*

Frederick Douglass consideraba que relativamente pocas personas blancas, aparte de los militantes antiesclavistas, simpatizarían con la causa de Myrtila Miner y la apoyarían frente a las muchedumbres enardecidas. Argumentaba que en aquella época la solidaridad con las personas negras estaba decreciendo. Y que, además,

[...] la región de Columbia [era] la ciudadela misma de la esclavitud, el lugar más controlado y protegido por las fuerzas esclavistas, y donde las corrientes humanistas no sólo eran más rápidamente detectadas sino, también, más duramente contestadas²⁰.

Sin embargo, lanzando una mirada retrospectiva hacia el pasado, Douglass confesó que él no supo calibrar realmente hasta dónde llegaba la valentía personal de esta mujer blanca. A pesar del grave riesgo que implicaba, Myrtila Miner abrió su escuela en los últimos días del año 1851, viendo cómo en apenas unas semanas sus seis estudiantes del comienzo se habían convertido en 40. Durante los siguientes ocho años se entregó apasionadamente a la enseñanza de sus alumnas negras a la vez que recolectaba fondos y presionaba a los congresistas para que apoyaran sus esfuerzos. Incluso, hizo de madre para las niñas del orfanato llevándolas a su casa para que pudieran asistir a la escuela²¹.

Mientras Myrtila Miner luchaba por enseñar y sus alumnas por aprender, todas juntas se enfrentaron a desahucios, a incendios provocados y a otras fechorías perpetradas por las turbas racistas «que se deleitaban arrojándoles piedras». Contaban con el apoyo de las familias de las jóvenes y de abolicionistas como Harriet Beecher Stowe, quien donó a su escuela una parte de los derechos de autor que recibió por las ventas de *La cabaña del tío Tom*²². Posiblemente, tal y como observara Frederick Douglass, Myrtila Miner fuera «frágil», pero sin duda era extraordinaria y siempre fue capaz, a la hora de dar su clase, de descubrir el ojo de aquel vendaval racista. Sin embargo, una mañana temprano se despertó bruscamente con el olor a humo y con las crepitantes llamas que en poco tiempo consumieron su escuela. Pese a ser destruida, su inspiración siguió viva y, con el tiempo, la Escuela de Maestras de Miner se convirtió en parte del sistema educativo público del área de Columbia²³. En 1883, Frederick Douglass confesó que «nunca entró en la Escuela Normal Miner para Estudiantes de Color»

sin un sentimiento de reproche hacia mí mismo por lo que pudiera haber dicho que hubiera sofocado el fervor, cuarteado la fe y desarmado el coraje de la noble mujer gracias a la cual fue fundada y que lleva su nombre²⁴.

²⁰ *Ibid.*, p. 371.

²¹ *Ibid.*

²² E. Flexner, *Century of Struggle: The Women's Rights Movement in the US*, cit., p. 99.

²³ *Ibid.*, pp. 99-101.

²⁴ P. Foner (ed.), *The Life and Writings of Frederick Douglass*, vol. 4, cit., p. 373.

La hermandad entre las mujeres negras y las blancas fue, de hecho, posible y, en la medida en que se asentó sobre unos cimientos firmes, como esta notable mujer, sus amigos y sus alumnas, pudo dar a luz logros extraordinarios. Myrtila Miner mantuvo encendida la llama que otras mujeres antes que ella, como las hermanas Grimke y Prudence Crandall, habían dejado como un poderoso legado. No pudo haber sido mera coincidencia histórica que una proporción tan elevada de las mujeres blancas que defendieron a sus hermanas negras en las situaciones más peligrosas estuviesen involucradas en la lucha por la educación. Ellas debieron de haber comprendido la urgente necesidad que tenían las mujeres negras de adquirir un conocimiento que podrían transformar en una guía para los pasos de su pueblo y en una luz en su camino hacia la libertad.

Las personas negras que llegaron a recibir instrucción académica asociaban de modo inevitable su conocimiento con la batalla colectiva de su pueblo por la libertad. Cuando se clausuró el primer año de enseñanza para negros en Cincinnati, los alumnos aportaron las siguientes respuestas a la pregunta de «¿Qué es en lo que más piensas?»:

1. Vamos a ser [...] buenos chicos y, cuando lleguemos a ser hombres, libramos a los desgraciados esclavos de la esclavitud. Y siento lástima al oír que el barco de Tiskilwa se hundió con doscientos pobres esclavos, [...] daña tanto mi corazón que podría desmayarme ahora mismo (siete años).

2 [...]. Estamos estudiando el modo para que sea posible romper el yugo de la esclavitud y hacer añicos las cadenas y acabar para siempre con la posesión de esclavos (doce años).

3 [...]. Bendita sea la causa de la abolición [...]. Mi madre, mi padrastro, mi hermana y yo mismo, todos, nacimos esclavos. El Señor dejó marchar en libertad a los oprimidos. Ojalá llegue el feliz día en el que todas las naciones conozcan al Señor. Le estamos agradecidos por sus muchas bendiciones (once años).

4 [...]. Quiero que sepa que tengo dos primos esclavos que tienen derecho a su libertad. Ellos han hecho todo lo que se requiere y ahora no quieren dejar que se vayan. Hablan de venderles río abajo. Si ésta fuera su situación, ¿qué haría usted? (diez años)²⁵.

La última respuesta que se conserva proviene de un joven de dieciséis años que asistía a esta nueva escuela de Cincinnati. Es un ejemplo sumamente fascinante de la forma en la que los estudiantes daban un significado contemporáneo a la historia mundial que les motivaba tanto como el deseo de ser libres.

5. Volvamos la vista atrás y observemos en qué condiciones vivían los británicos, los anglosajones y los alemanes. No habían recibido educación y no conocían las letras. Y, aunque no lo

parezca, algunos de ellos son nuestros antepasados. Observemos al rey Alfredo y apreciemos lo gran hombre que fue. Hubo un tiempo en el que no sabía su abecedario pero, antes de morir, comandó ejércitos y naciones. Nunca se desanimó, sino que siempre miraba hacia el futuro y se afanó arduamente en el estudio. Pienso que, si las personas de color estudian como el rey Alfredo, pronto terminarán con la lacra de la esclavitud. No entiendo cómo los estadounidenses pueden llamar la tierra de la libertad a un lugar donde hay tanta esclavitud como en éste²⁶.

Las palabras de este muchacho de dieciséis años condensan todo lo que se puede decir acerca de la fe de las personas negras en el saber.

Este impulso irrefrenable de aprender era tan fuerte entre los esclavos del Sur como entre sus hermanos y hermanas «libres» del Norte. Por supuesto, las restricciones a la alfabetización en los Estados esclavistas eran mucho más rígidas que en los Estados del Norte. Después de la revuelta de Nat Turner en 1831, la legislación que prohibía la educación de los esclavos se endureció en todo el territorio sureño. Según se recoge literalmente en un código de las normas que regían la esclavitud, «enseñar a leer y a escribir a los esclavos tiende a sembrar el descontento en su ánimo y lleva a la insurrección y a la revuelta»²⁷. Con la excepción de Maryland y Kentucky, todos los Estados sureños prohibían completamente la educación de los esclavos²⁸. En toda esta área del país, los propietarios de esclavos recurrieron al látigo y al poste de los azotes con el fin de neutralizar la irreprimible voluntad por aprender de sus esclavos. Las personas negras querían recibir educación.

El patetismo de la lucha de los esclavos por el aprendizaje afloraba por todas partes. Fredericka Bremer encontró a una joven mujer que intentaba desesperadamente leer la Biblia. «¡Oh, este libro!», gritó a la señorita Bremer. «Paso sus páginas una y otra vez y ojalá comprendiera lo que encierran. No dejo de intentarlo y sería tan increíblemente feliz si pudiera leer, pero no puedo.»²⁹

Susi King Taylor ocupó el puesto de enfermera y de profesora en el primer regimiento negro de la guerra civil. En su autobiografía, ella relató sus perseverantes esfuerzos por instruirse mientras era una esclava. Niños blancos, adultos generosos y también su abuela le ayudaron a aprender a leer y escribir³⁰. Al igual que la abuela de Susi King, muchas

²⁶ *Ibid.*

²⁷ William GOODELL, *The American Slave Code*, Nueva York, American and Foreign Anti-Slavery Society, 1853, p. 321. Citado en S. Elkins, *Slavery: A Problem in American Institutional and Intellectual Life*, cit., p. 60.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ E. D. Genovese, *Roll Jordan Roll: The World the Slaves Made*, cit., p. 565.

³⁰ G. Lerner (ed.), *Black Women in White America: A Documentary History*, pp. 27 ss. y 99 ss.

²⁵ H. Aptheker, *A Documentary History of the Negro People in the United States*, vol 1, cit., pp. 157-158.

mujeres esclavas corrieron grandes riesgos impartiendo a sus hermanas y hermanos las herramientas intelectuales que se habían procurado en secreto. Aunque se vieran obligadas a abrir sus escuelas a altas horas de la noche, aquellas mujeres que habían conseguido adquirir algún conocimiento intentaron compartirlo con su pueblo³¹.

Todos estos esfuerzos que bañaron tanto el Norte como el Sur del país constituían algunos de los primeros síntomas de aquel fenómeno que se produjo en el periodo posterior a la emancipación y que DuBois llamó «la fiebre por las escuelas»³². Otra historiadora describía el ansia por aprender de los ex esclavos con estas palabras:

Con un afán nacido de siglos de privación, los ex esclavos veneraban la apariencia y el sonido de la palabra impresa. En la oscuridad de la noche se podían ver a ancianos y ancianas a punto de despedirse de este mundo estudiando detenidamente la Sagrada Escritura a la luz de una antorcha de madera de pino, deletreando trabajosamente las palabras sagradas³³.

Según otro historiador:

Había [muchos] educadores que relataban que hallaban un deseo más vivo de aprender entre los niños negros del Sur de la Reconstrucción que entre los niños blancos del Norte³⁴.

Aproximadamente, la mitad de los profesores voluntarios que participaron en la masiva campaña de educación organizada por la Oficina de Manumisos [Freedman's Bureau]³⁵ eran mujeres. Las mujeres blancas norteamericanas acudieron al Sur durante la Reconstrucción para ayudar a sus hermanas negras, las cuales estaban absolutamente

³¹ *Ibid.*, pp. 32 y ss.

³² W. E. B. DuBois, *Black Reconstruction in America*, cit., p. 123.

³³ Lerone BENNETT, *Before the Mayflower*, Baltimore, Penguin Books, 1969, p. 181.

³⁴ W. Z. Foster (ed.), *The negro People in American History*, cit., p. 321.

³⁵ En marzo de 1865, como una de las primeras y escasas medidas que adoptó el gobierno federal para paliar el caos reinante en el Sur nada más finalizar la guerra, se creó un organismo temporal llamado Oficina de Manumisos [Freedman's Bureau] que tenía como funciones proporcionar a los ex esclavos que habían abandonado masivamente las plantaciones sin alternativa inmediata alimentos, vivienda, ayuda médica y educación, así como gestionar la distribución entre ellos de las tierras abandonadas o confiscadas. Además de contar con unos fondos abrumadoramente insuficientes y de tener por delante una labor ingente, su personal, muy ligado al espíritu más radical de la Reconstrucción, tuvo que lidiar sobre el terreno con las contradicciones políticas de la misma. Algunos abolicionistas como Frederik Douglass trabajaron en ella antes de su desaparición en 1872 y durante su existencia fueron fundamentales tanto las aportaciones como los voluntarios llegados desde el Norte. Una de sus principales labores fue la puesta en funcionamiento de escuelas por todo el Sur. Cuando terminó la guerra, el nivel de analfabetismo entre la población negra del Sur era del 95 por 100; en 1871, del 81 por 100 y, en 1890, del 64 por 100 [N. de la T].

decididas a eliminar el analfabetismo entre los millones de personas que habían dejado de ser esclavas. Una tarea hercúlea, ya que el nivel de analfabetismo, según DuBois, era de un 95 por 100³⁶. Tanto las crónicas del periodo de la Reconstrucción como los estudios históricos del movimiento por los derechos de las mujeres han dedicado escasa atención a las experiencias de las mujeres negras y blancas que trabajaron juntas en la batalla por la educación. Sin embargo, a juzgar por los artículos recogidos en el *Informe de los Manumisos [Freedman's Report]*, no cabe duda de que estas profesoras se estimulaban mutuamente y de que eran estimuladas por sus estudiantes. Prácticamente, en todas las observaciones realizadas por los profesores blancos se mencionaba el compromiso incondicional de los antiguos esclavos con la enseñanza. En palabras de una profesora que trabajaba en Raleigh, Carolina del Norte: «Estoy sorprendida por cuánto sufrimiento soportan muchas personas con el objetivo de mandar a sus hijos a la escuela»³⁷. No se vacilaba en sacrificar la comodidad material por el avance del progreso educativo:

Prácticamente en todas las cabañas hay una montaña de libros, aunque no haya ningún mueble excepto una paupérrima cama, una mesa y dos o tres sillas rotas³⁸.

Todo indica que entre las mujeres negras y las blancas creció un intenso y caluroso aprecio mutuo como profesoras. Un ejemplo de ello se puede encontrar en la profunda impresión que causó en una mujer blanca, que trabajaba en Virginia, el trabajo de una profesora negra que acababa de salir de la esclavitud. «Es casi como un milagro», exclamaba esta mujer blanca, que «[...] una mujer de color que ha sido esclava hasta la rendición alcance la excelencia en una vocación que para ella es tan noble»³⁹. En sus informes, la mujer negra a quien se refería expresaba una sincera gratitud, en absoluto servil, hacia el trabajo de sus «amigos del Norte»⁴⁰.

En la época de la Traición de Hayes⁴¹ y de la caída de la Reconstrucción Radical, los logros en el terreno de la educación se habían convertido en una de las pruebas más

³⁶ W. E. B. DuBois, *Black Reconstruction in America*, cit., p. 638.

³⁷ G. Lerner (ed.), *Black Women in White America: A Documentary History*, cit., p. 102.

³⁸ *Ibid.*, p. 103.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ *Ibid.* pp. 104-105.

⁴¹ Las elecciones presidenciales de 1876 dieron como resultado un práctico empate entre el Partido Republicano y el Partido Demócrata que llegó a amenazar con dejar al país sin presidente. Finalmente, se llegó a un acuerdo, el Compromiso de 1877, por el que a cambio de la elección como presidente del republicano Rutherford B. Hayes, se aseguró a los demócratas la retirada de las tropas federales que aún permanecían en el Sur y la inclusión en su gabinete de miembros sureños demócratas. Esto desencadenó el derrumbe de los gobiernos republicanos en Luisiana, Florida y Carolina del Sur y el fin de la agitada Reconstrucción Radical [N. de la T].

contendientes del progreso alcanzado durante aquel periodo potencialmente revolucionario. En el periodo posterior a la guerra civil, se habían establecido en el Sur diversas escuelas y universidades, entre ellas la Fisk University y el Hampton Institute⁴². Aproximadamente, 247.333 alumnos asistían a 4.329 colegios, cuyos edificios sirvieron para albergar el primer sistema público de escuelas existente en esta parte del país y del que se beneficiarían tanto niños negros como blancos. Aunque el periodo posterior a la Reconstrucción y el concomitante ascenso del modelo educativo de Jim Crow redujeron drásticamente las oportunidades educativas de las personas negras, el impacto de la experiencia de la Reconstrucción no pudo ser enteramente eliminado. El sueño de tener una tierra se había truncado y la esperanza de alcanzar la igualdad política se había reducido considerablemente. Pero la perspectiva del conocimiento que se había abierto no pudo ser fácilmente borrada y suponía la garantía de que las luchas por la tierra y por el poder político continuarían implacables.

Si no hubiera sido por las escuelas e institutos para negros, ellos se hubieran convertido de nuevo, a todos los efectos, en esclavos [...]. La Reconstrucción fue dirigida por personas negras educadas en el Norte y por políticos, inversores y profesores filántropos blancos. La contrarrevolución de 1876 se deshizo de la mayoría de ellos, excepto de los profesores. Sin embargo, mediante la creación de escuelas públicas y de centros educativos privados, y gracias a la organización de la iglesia negra, los negros ya habían adquirido suficiente liderazgo y conocimiento como para frustrar los propósitos más despreciables de los nuevos esclavistas⁴³.

Con la ayuda de sus hermanas y aliadas blancas, las mujeres negras jugaron un papel indispensable en la creación de esta nueva fuerza. La historia de la lucha de las mujeres por la educación en Estados Unidos alcanzó un auténtico hito cuando las mujeres negras y blancas dirigieron juntas la batalla contra el analfabetismo en el Sur. Su unidad y su solidaridad preservó y reafirmó una de las promesas más fructíferas de nuestra historia.

⁴² J. H. Franklin, *From Slavery to Freedom*, cit., p. 308.

⁴³ W. E. B. DuBois, *Black Reconstruction in America*, cit., p. 667.

En 1848, el año en el que Karl Marx y Friedrich Engels publicaron su *Manifiesto comunista*, Europa estaba siendo escenario de innumerables levantamientos revolucionarios. Uno de los participantes en la Revolución de 1848 —un oficial de artillería y estrecho colaborador de Marx y de Engels llamado Joseph Weydemeyer— emigró a Estados Unidos y fundó la primera organización marxista en la historia de este país¹. En 1852, cuando Weydemeyer creó la Liga Proletaria [Proletarian League], no parece que ninguna mujer estuviera relacionada con el grupo. Si, efectivamente, hubo mujeres implicadas, hace mucho tiempo que se desvanecieron en el anonimato de la historia. A lo largo de las décadas siguientes, las mujeres siguieron siendo activas en sus propias asociaciones obreras, en el movimiento contra la esclavitud e impulsando la campaña por sus propios derechos. Sin embargo, parecen haber estado ausentes, a todos los efectos, de las filas del movimiento marxista socialista. Al igual que la Liga Proletaria, la Organización Nacional de Obreros [Workingmen's National Association] y el Club Comunista [Communist Club] estaban completamente dominados por hombres. Incluso, el Partido Obrero Socialista era predominantemente masculino².

En el momento de la fundación de este partido en 1900, la composición del movimiento socialista había empezado a cambiar. A medida que cobró fuerza la reivindicación de la plena igualdad de las mujeres, éstas se fueron sumando progresivamente a la lucha por la transformación social y comenzaron a afirmar su derecho a participar en esta nueva ofensiva contra las estructuras opresivas de su sociedad. A partir de ese año, la izquierda marxista acusaría la influencia, en mayor o menor medida, de sus adeptas femeninas.

¹ William Z. FOSTER, *History of the Communist Party of the United States*, Nueva York, International Publishers, 1952, pp. 28 ss.

² *Ibid.*, cap. 5.

El Partido Socialista, principal exponente del marxismo durante casi dos décadas, apoyó la batalla por la igualdad de las mujeres. De hecho, durante muchos años fue el único partido político que defendió el sufragio femenino³. Gracias a mujeres socialistas como Pauline Newman y Rose Schneiderman se forjó un movimiento sufragista de clase obrera que supuso la ruptura del monopolio que a lo largo de diez años habían mantenido las mujeres de clase media en la campaña masiva por el voto⁴. En 1908, el Partido Socialista creó una comisión nacional de mujeres y el 8 de marzo de aquel año las militantes socialistas activas en el Lower East Side de Nueva York organizaron una manifestación masiva por la igualdad en el sufragio cuyo aniversario continúa conmemorándose mundialmente como día internacional de las mujeres⁵. Cuando en 1919 se fundó el Partido Comunista —en realidad se crearon dos partidos comunistas que más tarde se unieron—, entre sus primeros líderes y activistas estaban algunas mujeres que anteriormente habían pertenecido al Partido Socialista: Mother Ella Reeve Bloor, Anita Whitney, Margaret Prevey, Kate Sadler Greenhalgh, Rose Pastor Stokes y Jeanette Pearl, todas ellas mujeres comunistas que habían estado vinculadas al ala izquierda de este partido⁶.

Aunque la Internacional de Trabajadores del Mundo [International Workers of the World (IWW)] no constituía un partido —y, de hecho, se oponía a la organización de partidos políticos—, fue la segunda fuerza en la formación del Partido Comunista. Esta organización, fundada en 1905 y cuyos integrantes eran popularmente conocidos como los *woblies*, se definía a sí misma como sindicato industrial y proclamaba que jamás podría existir una relación armoniosa entre la clase capitalista y sus trabajadores. El objetivo último de los *woblies* era el socialismo y su estrategia consistía en la lucha de clases implacable. Cuando aquel año Big Bill Haywood convocó la primera reunión de esta organización, dos de los líderes obreros organizadores que se sentaron en la tribuna eran mujeres: Mother Mary Jones y Lucy Parsons.

A pesar de que tanto el Partido Socialista como la IWW admitían mujeres en sus filas y las animaban a convertirse en agitadoras y líderes, sólo la IWW adoptó, al mismo tiempo, una política de lucha directa contra el racismo. El Partido Socialista, bajo el liderazgo de Daniel DeLeon, no reconocía la opresión específica de las personas negras. Aunque la gran mayoría de los trabajadores negros realizaban tareas agrícolas —aparceros, agricultores arrendatarios y jornaleros en las haciendas—, los socialistas consideraban que sólo los proletarios eran relevantes para su movimiento. Hasta el destacado

³ Bruce DANCIS, «Socialism and Women in the United States, 1900-1912», *Socialist Revolution* 27, vol. IV, núm. 1 (enero-marzo de 1976), p. 85.

⁴ B. Wertheimer, *We Were There: The Story of Working Women in America*, cit., pp. 281-284.

⁵ W. Z. Foster, *History of the Communist Party of the United States*, cit., p. 113.

⁶ *Ibid.*, p. 125.

líder Eugene Debs sostenía que las personas negras no precisaban una defensa global de sus derechos a la igualdad y a la libertad como grupo. Puesto que la preocupación primordial de los socialistas era la lucha entre el capital y el trabajo, Debs mantenía que «no tenemos nada especial que ofrecer a los negros»⁷. Al igual que la Internacional de Trabajadores del Mundo, su principal objetivo era organizar a la clase asalariada y desarrollar una conciencia de clase revolucionaria socialista. Sin embargo, a diferencia del Partido Socialista, la IWW dedicó una atención explícita a los problemas concretos de las personas negras. En opinión de Mary White Ovington:

En este país hay dos organizaciones que han mostrado una preocupación por los plenos derechos de los negros. La primera es la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color [National Association for the Advancement of Colored People] [...]. La segunda organización que ataca la segregación de esta comunidad es la Internacional de Trabajadores del Mundo [...]. La IWW se ha colocado del lado de los negros⁸.

Una socialista negra fue Helen Holman, líder y portavoz de la campaña para defender a la dirigente de su partido encarcelada Kate Richards O'Hare. Pero, como mujer negra, era una anomalía dentro de las filas del Partido Socialista. Antes de la Segunda Guerra Mundial, el número de mujeres negras en la industria era insignificante y, en consecuencia, fueron prácticamente ignoradas por los aparatos de captación del Partido Socialista. Esta postura negligente de los socialistas en su interacción con las mujeres negras fue uno de los desventurados legados que tendría que superar el Partido Comunista.

De acuerdo con el dirigente e historiador comunista William Z. Foster, «durante los primeros años de la década de los veinte, el partido [...] no prestó atención a las demandas concretas de las mujeres negras en la industria»⁹. Sin embargo, en la década siguiente los comunistas llegaron a reconocer la centralidad del racismo en la sociedad estadounidense. Desarrollaron una fundada teoría de la liberación negra y forjaron una sólida trayectoria activista en la lucha global contra el racismo.

Lucy Parsons

Lucy Parsons continúa siendo una de las pocas mujeres negras cuyo nombre ha aparecido ocasionalmente citado en las crónicas del movimiento obrero estadounidense.

⁷ W. Z. Foster, *The Negro People in American History*, cit., p. 403.

⁸ P. S. Foner, *Organized Labor and the Black Worker 1619-1973*, cit., p. 107.

⁹ W. Z. Foster, *History of the Communist Party of the United States*, cit., p. 264.

Pero, casi por regla general, se la describe sencillamente como la «devota esposa» de Albert Parsons, el mártir de Haymarket. Ciertamente, Lucy Parsons fue una de sus más aguerridas defensoras, pero fue mucho más que una fiel esposa y que una viuda enfadada deseosa de defender y de vengar a su marido. Como confirma una reciente biografía escrita por Carolyn Asbaugh¹⁰, su trabajo periodístico y de agitación en defensa de toda la clase trabajadora se extendió a lo largo de más de sesenta años. La implicación de Lucy Parsons en las luchas obreras comenzó casi una década antes de la masacre de Haymarket y se mantuvo durante otros cincuenta años. Su evolución política fluctuó desde su defensa juvenil del anarquismo hasta su pertenencia al Partido Comunista durante sus años de madurez.

Nacida en 1853, Lucy Parsons ingresó en el Partido Obrero Socialista en 1877. Durante los años posteriores, sus artículos y sus poemas aparecerían en el periódico de esta organización anarquista, *The Socialist*, y, además, se convertiría en una activa organizadora del Sindicato de Mujeres Obreras de Chicago [Chicago Working Women's Union]¹¹. Su marido fue uno de los ocho líderes obreros radicales detenidos tras los disturbios provocados por la policía el 1 de mayo de 1886 en la plaza Haymarket de Chicago¹². Inmediatamente, Lucy Parsons inició una campaña de luchas por la libertad de los acusados de Haymarket. A raíz de sus viajes por todo el país se dio a conocer como una destacada líder obrera y como una de las principales defensoras del anarquismo. A causa de su reputación se convirtió en objetivo demasiado frecuente de la represión. Por ejemplo, en Columbus, Ohio, el alcalde prohibió un discurso que debía

¹⁰ Carolyn ASBAUGH, *Lucy Parsons: American Revolutionary*, Chicago, Charles H. Kerr Publishing Co., 1976. Publicado para la Illionis Labor History Society.

¹¹ *Ibid.*, pp. 30-33.

¹² En 1886 Chicago era un hervidero de militancia obrera. El 4 de mayo se había convocado una concentración en la plaza de Haymarket para protestar por la violencia policial en el exterior de la planta de McCormick Harvester después de que en un mitin a sus puertas, donde se encontraban sus 1.400 empleados declarados en huelga, la policía abriera fuego matando a cuatro de ellos. Cuando la plaza de Haymarket se encontraba llena de gente, alguien tiró una bomba que mató a un policía y a otras seis personas e hirió a 67. La policía abrió fuego de inmediato y mató a otras cuatro personas. Los empresarios de la ciudad dieron la voz de alarma declarando que era el inicio de la violencia a gran escala del movimiento obrero. La policía respondió con una redada en la que detuvo a 200 presuntos anarquistas y acusó a ocho de ellos de conspiración de asesinato. Albert Parsons logró escapar, pero el día del juicio apareció en la sala para ser juzgado junto a sus compañeros. En ningún caso había pruebas de complicidad con el asunto de Haymarket, pero los ocho fueron encontrados culpables y siete sentenciados a muerte. Uno de los condenados se suicidó en su celda, a dos les conmutaron la pena por cadena perpetua y dos fueron ahorcados, entre ellos Albert Parsons. En 1893 el gobernador de Illinois perdonó a los supervivientes. Estos hechos también se utilizaron para azuzar el sentimiento de hostilidad hacia la población inmigrante, pues 7 de los acusados eran de origen alemán [N. de la T.].

pronunciar en el mes de marzo, y su negativa a acatar esta orden hizo que la policía la encarcelara¹³. En una ciudad tras otra,

[...] se le cerraban los salones en el último momento, los detectives se colocaban en las esquinas de las salas de reunión, [y] la policía la mantenía bajo una vigilancia constante¹⁴.

La policía de Chicago llegó incluso a arrestar a Lucy Parsons y a sus dos hijos mientras su marido estaba siendo ejecutado. Uno de los agentes hizo el siguiente comentario: «Esta mujer es más temible que mil alborotadores juntos»¹⁵.

Aunque era negra —hecho que a menudo ocultó a causa de las leyes que prohibían los matrimonios interraciales— y mujer, Lucy Parsons afirmaba que la explotación global de la clase trabajadora por parte del capitalismo eclipsaba el racismo y el sexismo. En su opinión, las personas negras y las mujeres, por el hecho de ser víctimas de la explotación capitalista, debían dedicar todas sus energías a la lucha de clases en la misma medida que las personas blancas y que los hombres. Las personas negras y las mujeres no sufrían formas especiales de opresión y no había una necesidad real de que los movimientos de masas se enfrentaran específicamente al racismo y al sexismo. Según Lucy Parsons, el sexo y la raza eran hechos que venían determinados por la propia existencia y que los patronos manipulaban con el objetivo de justificar el mayor grado de explotación al que sometían a las mujeres y a las personas de color. Los negros sufrían la brutalidad de la ley Lynch porque su pobreza como grupo les convertía en los trabajadores más vulnerables. «¿Hay alguien tan estúpido como para creer que estos ultrajes han sido [...] descargados sobre el individuo negro por ser negro?»¹⁶, preguntaba Parsons en 1886:

En absoluto. Es porque él es *pobre*. Porque es dependiente. Porque, como clase, es más pobre que sus hermanos blancos, esclavos asalariados, del Norte¹⁷.

Lucy Parsons y *Mother Mary Jones* fueron las primeras mujeres que se unieron a la organización obrera radical conocida como la Internacional de Trabajadores del Mundo. Ambas mujeres gozaban de mucho respeto dentro del movimiento obrero y fueron invitadas a sentarse en la presidencia junto a Eugene Debs y a *Big Bill Haywood* durante la convención fundacional de la IWW. En el discurso que dirigió a los delega-

¹³ *Ibid.*, p. 112.

¹⁴ *Ibid.*, p. 117.

¹⁵ *Ibid.*, p. 136.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 65-66.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 66.

dos de la convención, Lucy Parsons mostró su especial sensibilidad hacia la opresión de las trabajadoras, a quienes consideraba manipuladas por los capitalistas en su afán de reducir los salarios de toda la clase trabajadora:

Las mujeres de este país no tenemos derecho al voto aunque queramos utilizarlo [...], pero tenemos nuestro trabajo [...]. Cada vez que hay que reducir los salarios, la clase capitalista utiliza a las mujeres para hacerlo¹⁸.

Además, en una época en la que la difícil situación de las prostitutas era prácticamente ignorada, Parsons dijo en la convención de la IWW que ella también hablaba por «mis hermanas, a las que veo en Chicago cuando salgo por la noche»¹⁹.

Durante la década de los veinte, Lucy Parsons comenzó a vincularse con las luchas del recién creado Partido Comunista. Al igual que a muchas otras personas, la revolución obrera de 1917 en Rusia le había causado una honda impresión y le hizo confiar en el posible triunfo final de la clase obrera en Estados Unidos. Cuando, en 1925, los comunistas y otras fuerzas progresistas fundaron el Comité Obrero Internacional de Defensa Legal [International Labor Defense]²⁰, se convirtió en una activa colaboradora de este nuevo grupo. Luchó por la libertad de Tom Mooney en California, de los Nueve de Scottsboro²¹ en Alabama y del joven comunista negro Angelo Herndon, que había sido encarcelado por las autoridades de Georgia²². Según la investigación realizada por su biógrafa, Lucy Parsons ingresó en el Partido Comunista en 1939²³. A su muerte, en 1942, el *Daily Worker* le hizo un homenaje en el que la describió como:

¹⁸ *Ibid.*, p. 217.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ Brazo legal del Partido Comunista estadounidense, este comité inició varios juicios contra el Ku Klux Klan y asumió la acusación pública en numerosos casos de linchamientos. Su actividad en la defensa no se limitó a militantes víctimas de la represión política, sino que se extendió a otros casos donde los intereses de los acusados coincidían con las preocupaciones políticas del partido, principalmente la batalla legal contra el racismo [N. de la T.].

²¹ En 1931 nueve chicos negros de Scottsboro, Alabama, fueron acusados de violar a dos mujeres blancas en un tren. El Partido Comunista asumió su defensa en 1935 y organizó una campaña de publicidad en su apoyo que continuó durante varios años. Este tipo de acciones llevaron a muchos afroamericanos a entrar en contacto con el partido y a integrarse en sus filas [N. de la T.].

²² Para una breve descripción del caso de Tom Mooney, véase, W. Z. Foster, *History of The Communist Party of the United States*, cit., pp. 131 y 380; sobre el caso de los Nueve de Scottsboro, véase *ibid.*, p. 286, y *The Negro People in American History*, pp. 482-483. Sobre el caso de Angelo Herndon, véase *History of the Communist Party of the United States*, cit., p. 288, y *The Negro People in American History*, cit., pp. 461 y 483.

²³ C. Asbaugh, *Lucy Parsons: American Revolutionary*, cit., p. 261.

[...] un eslabón entre el movimiento obrero actual y los grandes acontecimientos de la década de 1880.

[...] Fue una de las mujeres más grandes de Estados Unidos, valerosa y entregada a la causa de la clase obrera²⁴.

Elle Reeve Bloor

Nacida en 1862, esta extraordinaria agitadora y organizadora de los trabajadores a favor de los derechos de las mujeres, de la igualdad de los negros, de la paz y del socialismo, que fue conocida popularmente como *Mother Bloor*, ingresó en el Partido Socialista poco después de su fundación. Años más tarde, llegó a convertirse en una líder socialista y en una leyenda viva para la clase trabajadora de todo el país. Desplazándose en autoestop de un rincón a otro de Estados Unidos infundió grandes dosis de energía en un número incalculable de huelgas. Los conductores de tranvías de Filadelfia fueron los primeros en escuchar sus discursos llamando a la huelga. Entre los trabajadores que en otras partes del país se beneficiaron de sus asombrosas dotes oratorias y de sus poderosas capacidades organizadoras había mineros, trabajadores de la industria textil y aparceros. A la edad de sesenta y dos años, *Mother Bloor* todavía iba por las carreteras pidiendo que la llevaran de un Estado a otro²⁵.

Cuando tenía setenta y ocho años, *Mother Bloor* publicó la historia de su vida como organizadora de los trabajadores recogiendo sus experiencias desde la época anterior a su alianza con el socialismo hasta los años de su pertenencia al Partido Comunista. Durante su etapa socialista, su conciencia de clase obrera no abarcaba una comprensión explícita de la opresión específica de las personas negras. Sin embargo, como comunista, *Mother Bloor* combatió numerosas manifestaciones de racismo e instó a otros compañeros a que actuaran en el mismo sentido. Por ejemplo, en 1929, cuando el Comité Obrero Internacional de Defensa Legal celebró su convención en Pittsburg, Pensilvania,

[...] habíamos reservado habitaciones para todos los delegados en el hotel Monogahala. Cuando llegamos a altas horas de la noche con veinticinco delegados negros, el gerente del hotel nos dijo que aunque podían quedarse a pasar la noche, al día siguiente a primera hora todos ellos debían marcharse.

La mañana siguiente hicimos una votación y decidimos que toda la convención debía dirigirse al hotel de manera ordenada. Hicimos una marcha hasta el Monogahala llevando pancar-

²⁴ *Ibid.*, p. 267.

²⁵ Joseph NORTH, «Communist Women», *Political Affairs* I, 3 (marzo de 1971), p. 31.

tas con el lema «No a la discriminación». Y, cuando llegamos, entramos en fila en el vestíbulo, que para entonces ya estaba lleno de periodistas, policías y un nutrido grupo de curiosos²⁶.

En los primeros años de la década de los treinta, *Mother Bloor* acudió a una reunión en Loup City, Nebraska, para apoyar a las mujeres de una granja avícola que habían organizado una huelga contra sus patrones. La asamblea convocada por las huelguistas sufrió el asalto violento de una turba racista contraria a la presencia de personas negras en la reunión. Cuando llegó la policía, *Mother Bloor* fue arrestada junto a una mujer negra y a su marido. Esta mujer negra, la señora Floyd Booth, era una miembro destacada del comité local contra la guerra y su marido, un activista del Consejo Local de Desempleados de la ciudad. Cuando los granjeros de la localidad recogieron el dinero suficiente para pagar la fianza de *Mother Bloor*, ella rechazó la ayuda insistiendo en que no se marcharía sin que el matrimonio Booth pudiera acompañarla²⁷.

Sentía que no podía aceptar la fianza y dejar a los dos camaradas negros en la cárcel en medio de aquella atmósfera tan peligrosa, cargada de un intenso odio hacia los negros²⁸.

En aquella misma época, *Mother Bloor* organizó una delegación estadounidense para asistir a la Conferencia Internacional de Mujeres de París. Cuatro de las delegadas eran negras:

Capitola Tasker, una aparcera de Alabama, alta y grácil, que era el alma de toda la delegación; Lulia Jackson, elegida por los mineros de Pensilvania; una mujer que representaba a los chicos de Scottsboro; y Mabel Byrd, una brillante licenciada con matrícula de honor por la Universidad de Washington que había ocupado un cargo en la Oficina Internacional del Trabajo [International Labor Office] en Ginebra²⁹.

En la conferencia de París de 1934, Capitola Tasker fue una de las tres mujeres elegidas para ocupar un cargo en el comité ejecutivo de la asamblea junto a *Mother Bloor* y a la representante del Partido Socialista. Mabel Byrd, la licenciada negra, fue elegida como una de las secretarías de la conferencia³⁰.

Una de las figuras que más destacó en la conferencia fue Lulia Jackson, la representante negra de los mineros de Pensilvania. En su convincente respuesta a la facción pacifista que

²⁶ Ella Reeve BLOOR, *We are Many: An Autobiography*, Nueva York, International Publishers, 1940, p. 224.

²⁷ *Ibid.*, p. 250.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*, p. 254.

³⁰ *Ibid.*

acudió al encuentro, sostuvo que el apoyo a la guerra contra el fascismo era el único medio para garantizar una paz significativa. En el transcurso de las deliberaciones, una de las mujeres comprometida con el pacifismo había formulado la siguiente protesta:

Creo que en este manifiesto (contra la guerra) hay demasiadas referencias a la lucha. Se dice que se lucha contra la guerra, que se lucha por la paz: lucha, lucha, lucha [...]. Nosotras somos mujeres, somos madres, y no queremos luchar. Sabemos que incluso cuando nuestros niños se portan mal, somos tiernas con ellos y les ganamos con amor, no luchando contra ellos³¹.

Lulia Jackson respondió con un argumento lúcido y sin rodeos:

Damas, se acaba de decir que no debemos luchar, que debemos ser delicadas y amables con nuestros enemigos, con aquellos que están a favor de la guerra. Yo no puedo estar de acuerdo con eso. Todo el mundo sabe que la causa de la guerra es el capitalismo. Sencillamente, no podemos darles su cena a esos malvados capitalistas y llevarles a la cama como hacemos con nuestros hijos. Debemos luchar contra ellos³².

Como *Mother Bloor* relata en su autobiografía, «todo el mundo se rió y aplaudió, hasta las pacifistas»³³ y, consiguientemente, el manifiesto contra la guerra fue aprobado por toda la asamblea.

Cuando Capitola Tasker, la aparcera negra de Alabama, se dirigió a la conferencia, las congregadas escucharon su comparación entre el fascismo europeo de aquellos momentos con el terror racista que las personas negras sufrían en Estados Unidos. Su vívida descripción de los asesinatos que se cometían en el Sur y que perpetraban las turbas racistas dio a conocer a las delegadas reunidas en París la violenta represión infligida contra los aparceros que intentaban organizarse en Alabama. Según explicaba Capitola Tasker, su oposición al fascismo era muy profunda, puesto que ella misma ya había sido víctima de sus terribles estragos. Concluyó su discurso con la «canción de los aparceros», cuya letra adaptó especialmente para la ocasión:

Como el árbol firme junto al río,
No nos moverán.
Contra la guerra y contra el fascismo,
No nos moverán³⁴.

³¹ *Ibid.*, p. 255.

³² *Ibid.*

³³ *Ibid.*

³⁴ *Ibid.*, p. 256.

Tras el viaje de regreso en barco de la delegación estadounidense, Mother Bloor recogió el testimonio conmovedor de Capitola Tasker sobre sus experiencias en París:

Mother, cuando vuelva a Alabama y salga a ese algodonal que hay detrás de nuestra vieja cabañita, me quedará pensando para mí misma: «Capitola, ¿realmente visitaste París y viste a todas aquellas mujeres maravillosas y escuchaste todas aquellas magníficas palabras, o que tú hayas estado allí ha sido sólo un sueño?». Y, si resulta que realmente no fue un sueño, pues, ea, *Mother*, correré a contar por todo Alabama todas las cosas que he aprendido estando aquí y les voy a decir cómo las mujeres de todo el mundo están luchando para parar la guerra y el tipo de terror que sufrimos en el Sur³⁵.

Como concluyeron *Mother Bloor* y sus camaradas del Partido Comunista, la clase trabajadora no puede asumir su papel histórico como fuerza revolucionaria si los trabajadores no luchan implacablemente contra el veneno social del racismo. La larga y portentosa lista de triunfos ligados al nombre de Ella Reeve Bloor son una muestra de que esta comunista blanca fue una aliada fiel y coherente del movimiento de liberación negro.

Anita Whitney

Cuando en el seno de una acaudalada familia de San Francisco nació Anita Whitney en 1867, nadie hubiera podido sospechar que acabaría convirtiéndose en la presidenta del Partido Comunista de California. Quizá fuera su destino hacerse activista política, pues inició su trabajo como voluntaria en centros benéficos y sociales siendo todavía una recién licenciada de Wellesley, la prestigiosa universidad para mujeres de Nueva Inglaterra y, en poco tiempo, ya se había convertido en una activa luchadora a favor del sufragio femenino. A su regreso a California, Anita Whitney se unió a la Liga por la Igualdad de Sufragio [Equal Suffrage League] y fue elegida presidenta de esta asociación justo a tiempo para ver cómo su Estado se convertía en el sexto del país que extendía el derecho a votar a las mujeres³⁶.

Ingresó en el Partido Socialista en 1914. A pesar de la postura de relativa indiferencia adoptada por su partido hacia las luchas de las personas negras, ella apoyó decididamente las causas antirracistas. Cuando se fundó la sección del área de la Bahía de San Francisco de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, Whitney aceptó entusiasmada formar parte de su comité ejecutivo³⁷. Se identificó con

³⁵ *Ibid.*

³⁶ Al RICHMOND, *Native Daughter: The Story of Anita Whitney*, San Francisco, Anita Whitney 75th Anniversary Committee, 1942. Véase capítulo 4.

³⁷ *Ibid.*, p. 70.

las posiciones de los miembros del ala izquierda del Partido Socialista y, en 1919, participó en la fundación del Partido Obrero Comunista³⁸. Poco tiempo después, este grupo se fundiría con el Partido Comunista estadounidense.

El año 1919 también fue el de las infames redadas anticomunistas iniciadas por el fiscal general del Estado A. Mitchell Palmer. Anita estaba llamada a convertirse en una de sus numerosas víctimas. Ella sabía, porque así se le informó, que las autoridades habían prohibido el discurso que tenía previsto pronunciar ante el club de mujeres vinculadas al Centro de Oakland de la Liga Civil [Civic League] de California. Pero, a pesar de la prohibición oficial, el 28 de noviembre de aquel año ella se dirigió a la concurrencia para hablar sobre «The Negro Problem in the United States» [«La cuestión negra en Estados Unidos»]³⁹. Sus observaciones hicieron hincapié en la cuestión de los linchamientos:

Desde 1890, el primer año del que constan datos en nuestros informes estadísticos, se han producido en este país 3.228 linchamientos, de los cuales han sido víctimas 2.500 hombres y 50 mujeres de color. Preferiría poder cerrar aquí la cuestión, puesto que la realidad revelada por las cifras es suficientemente cruda, pero yo creo que debemos hacer frente a toda la barbaridad de la situación para poder cumplir con nuestro deber y borrar esta vergüenza de los anales de nuestro país⁴⁰.

Continuó su exposición planteando a la audiencia blanca del club de mujeres la siguiente pregunta: ¿sabían ellas que «en una ocasión un hombre de color dijo que si fuera propietario del infierno y de Texas, prefería arrendar Texas y vivir en el infierno»?⁴¹ Este razonamiento, explicó en tono más grave, estaba basado en el hecho de que Texas podía arrogarse ser el tercer Estado en cuanto al número de asesinatos perpetrados por turbas racistas en todo el territorio del Sur del país. Únicamente Georgia y Misisipí podían vanagloriarse de contar con cifras más elevadas.

En 1919 todavía resultaba algo extraño que una persona blanca apelara a otras de su misma raza para que se alzaran contra el azote del linchamiento. La propaganda racista generalizada y, en particular, la repetida evocación del mito del violador negro habían dado como resultado la deseada separación y distanciamiento entre las razas. Incluso, en los círculos progresistas, las personas blancas a menudo vacilaban a la hora de condenar públicamente los linchamientos que generalmente se justificaban como reacciones lamentables ante las agresiones sexuales de los hombres negros contra las

³⁸ *Ibid.*, p. 78.

³⁹ *Ibid.*, p. 94.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 95.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 95-96.

mujeres blancas del Sur. Anita Whitney se encontraba entre aquellas personas blancas cuya visión permaneció despejada a pesar del poder de la propaganda racista dominante. Y estuvo dispuesta a asumir las consecuencias de su postura antirracista: aunque no había duda de que sería arrestada, optó por hablar acerca del linchamiento al club de mujeres blancas de Oakland. Tal y como se esperaba, al conluir su discurso fue detenida y acusada por las autoridades de prácticas sindicales ilícitas. Posteriormente, Whitney fue declarada culpable y condenada a una pena de cárcel en la prisión de San Quintín, donde pasó varias semanas antes de ser liberada bajo fianza en espera a que el tribunal de apelación dictara una sentencia definitiva. Este proceso no concluyó hasta que en 1927 el gobernador de California emitió su indulto⁴².

Como mujer blanca del siglo XX, Anita Whitney fue una pionera de la lucha contra el racismo. Ella, y otros como ella, forjarían junto con sus camaradas negros la estrategia del Partido Comunista para la emancipación de la clase obrera. Un elemento central de esta estrategia lo constituiría la lucha por la liberación negra. En 1936, Anita Whitney se convirtió en la presidenta del Partido Comunista en el Estado de California y poco tiempo después fue elegida para ocupar un cargo en el Comité Nacional del partido.

En una ocasión se le preguntó: «Anita, ¿cuál es tu visión del Partido Comunista? ¿Qué ha llegado a significar para ti?».

«¿Cómo?», sonrió incrédula, un poco atónita ante una pregunta tan sorprendente. «Bueno [...], ha dado un sentido a mi vida. El Partido Comunista es la esperanza del mundo.»⁴³

Elizabeth Gurley Flynn

Elizabeth Gurley Flynn murió en 1964 a la edad de setenta y cuatro años, habiendo sido una activa defensora de las causas socialista y comunista durante casi sesenta. Educada por unos padres afiliados al Partido Socialista, Elizabeth descubrió a una edad muy temprana su propia afinidad con el envite del socialismo a la clase capitalista. Aún no había cumplido los dieciséis años cuando la joven Elizabeth realizó su primera exposición en público en defensa del socialismo. En 1906, inspirándose en su lectura de *Vindicación de los Derechos de las Mujeres* de Mary Wollstonecraft y de *La mujer y el socialismo* de August Bebel, pronunció un discurso en el Club Socialista de Harlem titulado «What Socialism Will Do for Women» [«¿Qué puede hacer el socialismo por las muje-

⁴² *Ibid.*, p. 139.

⁴³ *Ibid.*, p. 198.

res?)]⁴⁴. Aunque su padre, un hombre caracterizado por cierto machismo, había sido reacio a permitirle hablar en público, la entusiasta recepción que recibió en Harlem le hizo cambiar de opinión. Acompañándole, se familiarizó con los mítines en las calles, que eran la táctica radical característica de la época. Poco después, Elizabeth Gurley Flynn experimentó su primer arresto cuando fue acusada de «dar mítines sin autorización» y conducida a prisión junto a su padre⁴⁵.

Elizabeth Gurley Flynn acababa de cumplir los dieciséis años y su carrera como agitadora por los derechos de la clase trabajadora había despegado. Su primera tarea fue la defensa de *Big Bill* Haywood, que había sido víctima de un montaje organizado por el cártel del cobre para imputarle la comisión de un delito. Durante sus viajes por el Oeste del país en su apoyo, se unió a las luchas que estaba organizando la IWW en Montana y en Washington⁴⁶ y se convirtió en una de las principales organizadoras de la IWW después de haber sido miembro durante dos años del Partido Socialista. Elizabeth Gurley Flynn se dio de baja del mismo «convencida de su esterilidad y de su carácter sectario si se comparaba con aquel movimiento de base popular que estaba cepillando el país»⁴⁷.

En 1912, cuando ya llevaba a sus espaldas una nutrida experiencia huelguista que incluía numerosos enfrentamientos con la policía, Elizabeth Gurley Flynn se dirigió a Lawrence, Massachusetts, cuando sus trabajadores textiles se declararon en huelga. Las reivindicaciones de estos trabajadores eran sencillas y contundentes. En palabras de Mary Heaton Vorse:

Los salarios en Lawrence eran tan bajos que el 30 por 100 de la plantilla ganaba menos de siete dólares a la semana. Los trabajadores que percibían más de doce dólares a la semana suponían menos de una quinta parte de la misma. Estaban divididos por nacionalidades y hablaban más de cuarenta idiomas y dialectos diferentes, pero estaban unidos por unos medios de vida exigüos y por la muerte de sus hijos: uno de cada cinco niños moría antes de cumplir un año [...]. Había pocas ciudades en Estados Unidos con una tasa de mortandad más elevada, y todas ellas eran ciudades industriales⁴⁸.

Según Vorse, que estaba encargada de cubrir el desarrollo de los acontecimientos para el *Harper Weekly*, de todas las personas que dirigieron sus palabras a la reunión de

⁴⁴ Elizabeth Gurley FLYNN, *The Rebel Girl: An Autobiography*, Nueva York, International Publishers, 1973, p. 53.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 62.

⁴⁶ Richard O. BOYER, «Elizabeth Gurley Flynn», *Masses and Mainstream* (mayo de 1952), p. 7.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 12.

⁴⁸ Mary Heaton VORSE, *A Footnote to Folly: Reminiscences*, Nueva York, Farrar & Rinehart, Inc., 1935, pp. 3-4.

huelguistas, Elizabeth Gurley Flynn fue la fuente de inspiración más poderosa para los trabajadores. Sus palabras fueron las que les alentaron a resistir:

Cuando habló Elizabeth Gurley Flynn, la excitación de la multitud se hizo visible. Cuando esta joven de ojos azules irlandeses y de piel blanca como la nieve se puso de pie con su mata de pelo negro recogido sobre la cabeza, era el vivo retrato de una temprana líder revolucionaria. Su apelación a la solidaridad les removió, les levantó el ánimo [...]. Fue como si una llamarada hubiera recorrido la audiencia, algo vigorizante y poderoso, un sentimiento que hizo que la liberación fuera posible para todos⁴⁹.

Durante sus viajes como agitadora huelguista de la IWW, Elizabeth trabajó algunas veces junto a Frank Little, el conocido líder indio nativo. Por ejemplo, en 1916, ambos representaron a los *woblies* durante las huelgas que sacudieron las minas de hierro que se concentraban en la cordillera de Mesabi, Minnesota. Apenas un año más tarde, Elizabeth supo que Frank Little había sido víctima de un linchamiento en Butte, Montana. Un grupo de violentos le había atacado después de dirigir algunos discursos de agitación a los mineros en huelga de la zona:

[...] por la noche, seis hombres enmascarados vinieron al hotel y derribaron la puerta, sacaron a rastras de la cama a Frank, le llevaron a un viaducto construido para permitir el paso del ferrocarril a las afueras de la ciudad y le colgaron⁵⁰.

Un mes después de la muerte de Frank Little, un informe realizado por las autoridades federales acusaba a 168 personas de haber conspirado con él «para impedir la aplicación de ciertas leyes de Estados Unidos»⁵¹. Elizabeth Gurley Flynn era la única mujer entre los acusados y Ben Fletcher, un estibador de Filadelfia y líder de la IWW, la única persona negra cuyo nombre aparecía en este informe⁵².

Según se desprende de sus reflexiones autobiográficas, Elizabeth Gurley Flynn fue consciente de la opresión especial que sufrían las personas negras desde el comienzo de su carrera política. Indudablemente, su implicación en la IWW hizo que se agudizara su conciencia de la importancia de las luchas antirracistas. Los *woblies*, públicamente, declaraban:

Sólo hay una organización obrera en Estados Unidos que admita a trabajadores de color en condiciones de absoluta igualdad con los blancos: la Internacional de Trabajadores del

⁴⁹ *Ibid.*, p. 9.

⁵⁰ E. G. Flynn, *The Rebel Girl: An Autobiography*, cit., p. 232.

⁵¹ *Ibid.*, p. 233.

⁵² *Ibid.* Véase, también, W. Z. Foster, *History of the Communist Party of the United States*, p. 116.

Mundo [...]. En la IWW, el trabajador de color, sea hombre o mujer, está en pie de igualdad con todos y cada uno de los demás trabajadores⁵³.

Pero la IWW era una organización sindicalista cuya atención se centraba en los trabajadores industriales y, gracias a la discriminación racista, la gran mayoría de ellos todavía eran blancos. Entre la reducida minoría de trabajadores industriales negros prácticamente no había mujeres, ya que estas ocupaciones seguían estando vetadas para ellas. De hecho, la mayoría de trabajadores negros, tanto hombres como mujeres, todavía trabajaban en la agricultura o en el servicio doméstico. Por lo tanto, sólo una pequeña fracción de la población negra era potencialmente susceptible de entrar en contacto con un sindicato industrial, a no ser que el mismo luchara tenazmente por la admisión de las personas negras en las fábricas.

Elizabeth Gurley Flynn se integró activamente en el Partido Comunista en 1937⁵⁴ y en poco tiempo emergió como una de las líderes más importantes de esta organización. Su estrecha colaboración con comunistas negros como Benjamin Davis y Claudia Jones le permitió desarrollar una nueva comprensión del papel central que ocupaba la liberación negra dentro de la batalla global por la emancipación de la clase obrera. En 1948, publicó un artículo sobre el significado del Día Internacional de las Mujeres en *Political Affairs*, la revista teórica del partido, en el que sostenía que

el derecho al trabajo, a la formación, a la promoción en el empleo y al reconocimiento de la antigüedad, así como a la protección de la salud y de la seguridad y a unos servicios de atención a la infancia adecuados, sigue siendo la demanda urgente de las mujeres obreras organizadas, y son medidas necesarias para todas aquellas que están sometidas a unas duras condiciones de trabajo, especialmente, las mujeres de la comunidad negra⁵⁵.

En este mismo artículo, al criticar la desigualdad entre las mujeres y los hombres veteranos de guerra, recordaba a sus lectores que las condiciones que sufrían las veteranas negras eran aún peores que las de sus hermanas blancas. De hecho, por regla general las mujeres negras estaban atrapadas en un triple cruce de opresiones.

Todo obstáculo y toda desigualdad que se levantan contra las mujeres blancas estadounidenses es mil veces más grave respecto a las mujeres de la comunidad negra, ya que éstas sufren una triple explotación: como negras, como trabajadoras y como mujeres⁵⁶.

⁵³ P. S. Foner, *Organized Labor and the Black Worker 1619-1973*, cit., p. 198.

⁵⁴ E. G. Flynn, *The Rebel Girl: An Autobiography*, cit. Véase la nota del editor, p. 10.

⁵⁵ Elizabeth Gurley FLYNN, «1948—A Year of Inspiring Anniversaries for Women», *Political Affairs*, vol. XXVII, núm. 3 (marzo de 1948), p. 264.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 262.

En épocas más recientes, este mismo análisis formulado como una «triple encrucijada» fue el que propondrían las activistas negras que trataron de incidir en las primeras etapas del movimiento contemporáneo de liberación de las mujeres.

Si bien la primera biografía de Elizabeth Gurley Flynn, *I Speak My Own Piece* (o *The Rebel Girl*), proporciona trazos fascinantes de sus experiencias como agitadora de la IWW, su segundo libro, *The Alderson Story* (o *My Life as a Political Prisoner*), revela una nueva madurez política y una conciencia más profunda del racismo. Durante el ataque contra el Partido Comunista desencadenado en la era McCarthy, Flynn fue arrestada en Nueva York junto a otras tres mujeres acusada de «aleccionar y promover el derrocamiento violento del gobierno»⁵⁷. Las otras mujeres eran Marian Bachrach, Betty Gannet y Claudia Jones, una negra de Trinidad que había emigrado siendo muy joven a Estados Unidos. En junio de 1951, las cuatro mujeres comunistas fueron conducidas por la policía al Centro de Detención de Mujeres de Nueva York. El «único episodio agradable» que «iluminó nuestra estancia allí» se produjo con motivo de una fiesta de cumpleaños que Elizabeth, Betty y Claudia organizaron para una de las prisioneras. Una joven negra de diecinueve años, «abatida y solitaria», había «mencionado casualmente que al día siguiente sería su cumpleaños»⁵⁸. Las tres mujeres se las arreglaron para conseguir un pastel de la intendencia de comisaría.

Con pañuelos de papel hicimos velas para la tarta, con las servilletas cubrimos la mesa dejándola lo más bonita que pudimos y cantamos el «Feliz cumpleaños». Pronunciamos unos discursos y ella se puso a llorar de felicidad por la sorpresa. Al día siguiente recibimos una nota suya que decía lo siguiente (*transcripción literal*):

Queridas Claudia, Betty y Elizabeth: me alegro mucho de lo que hicisteis por mi cumpleaños. Realmente no sé cómo agradeceroslo.

[...] Ayer fue uno de los mejores cumpleaños de mi vida. Creo que, aunque todas vosotras seáis comunistas, sois las mejores personas que jamás he conocido. La razón por la que pongo comunistas en esta carta es porque a algunas personas no les gustan los comunistas por la sencilla razón de que piensan que los comunistas están en contra del pueblo estadounidense, pero yo no pienso así. Yo creo que vosotras sois unas de las personas más buenas que jamás he conocido en mis diecinueve años de vida y nunca os olvidaré esté donde esté [...]. Espero que todas salgáis de este lío y que nunca tengáis que volver a un lugar como éste⁵⁹.

Después del juicio celebrado contra ellas en aplicación de la Ley Smith⁶⁰, las tres mujeres —los problemas de salud de Marian Bachrach determinaron el sobreesimiento de su causa— fueron declaradas culpables y condenadas a cumplir un periodo de internamiento en el Correccional Federal de Mujeres de Alderson, Virginia. Poco antes de su llegada a esta prisión, una orden judicial había impuesto a esta penitenciaría eliminar la segregación racial de sus instalaciones. Otra víctima de la Ley Smith llamada Dorothy Rose Blumenberg, que venía de Baltimore, ya había cumplido una parte de su

⁶⁰ El esfuerzo bélico estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial marcó un momento decisivo en la historia del Partido Comunista de este país. Por un lado, el movimiento obrero estadounidense ganaba un protagonismo excepcional. El paro descendió de 9 millones en junio de 1940 a 780.000 en septiembre de 1943. Como describe Angela Y. Davis, el número de mujeres trabajadoras aumentó un 50 por 100, constituyendo en 1943 un tercio del total de la fuerza de trabajo, cuya tercera parte continuaría trabajando después de 1945. Más de un millón de negros, en su mayoría del Sur, encontraron trabajo en los centros industriales del Norte y del Oeste del país, entre ellos muchas mujeres que hasta entonces estaban empleadas en el servicio doméstico. Al mismo tiempo, la expansión de la fuerza de trabajo impulsada por el desarrollo de la industria bélica produjo un crecimiento en su combatividad y en sus expectativas laborales y sociales. Varias luchas obreras consiguieron mejoras salariales que ponían en peligro el plan económico del gobierno, que preveía la congelación de los salarios a la vez que un incremento en el coste de vida del 15 por 100. La afiliación sindical creció de 8.900.000 afiliados en 1940 a 14.800.000 en 1945. En este escenario, el gobierno comenzó a adoptar medidas represivas para frenar que una escalada de las conquistas pusiera en peligro sus planes económicos de guerra. En junio de 1943, se aprobó la Ley Smith-Connally, que, entre otras cosas, autorizaba al gobierno a ocupar una fábrica en huelga que amenazara con interferir la producción bélica, prohibía la instigación a las huelgas y prohibía la participación de los sindicatos en campañas políticas, lo que suponía un marcaje a los partidos obreros. Por otro lado, la coyuntura internacional ponía contra las cuerdas a la dirección del Partido Comunista. Cuando estalló la guerra, ésta fue tachada de «imperialista», se rechazó la intervención de Estados Unidos y se incitó a los sindicatos a convocar huelgas para boicotear el esfuerzo bélico. Pero, posteriormente, el partido cambió de posición y comenzó a alentar el esfuerzo bélico y a pedir a los sindicatos que suavizaran sus reivindicaciones apelando a que el fin de la guerra era acabar con el fascismo. Este giro estaba influido, en primer lugar, por el progresivo rechazo dentro de sus filas a la política soviética a partir de los procesos de Moscú entre 1934 y 1938, que acabaron obligando a la dirección a condenar públicamente al régimen soviético. En segundo lugar, por el ataque en junio de 1941 de las tropas de Hitler a la Unión Soviética. Y, en tercer lugar, por el inicio de su propia persecución como fuerza política por parte del gobierno, la cual iría agravándose paulatinamente a medida que se fue recrudeciendo la Guerra Fría. La Ley Smith, aprobada en 1940 y que criminalizaba la apología del terrorismo, marcaba el inicio de esta ofensiva represiva y fue aplicada indiscriminadamente contra los miembros del Partido Obrero Socialista y del Partido Comunista, pero, para este último, marcó el inicio de la brutal represión que se abatiría contra los comunistas en Estados Unidos durante los años siguientes. Durante el macartismo este ataque se desbordó llegando a envenenar la vida pública estadounidense. Por ejemplo, a los comunistas se les negó el pasaporte, se obligó a los funcionarios a prestar juramentos de lealtad, varios miles de personas perdieron su trabajo y cientos fueron encarceladas [N. de la T.].

⁵⁷ Elizabeth Gurley FLYNN, *The Alderson Story: My Life As a Political Prisoner*, Nueva York, International Publishers, 1972, p. 9.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 17.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 17-18.

condena de tres años, siendo una de las primeras prisioneras blancas alojada con mujeres negras. «Nos hizo gracia y a la vez nos sentimos orgullosas de que se hiciera venir a comunistas para ayudar a la integración racial en los alojamientos de las prisiones.»⁶¹ Con todo, como observó Elizabeth Gurley Flynn, la eliminación legal de la segregación racial de los establecimientos de la prisión no dio como resultado el fin de la discriminación. Los trabajos más duros —«el cultivo de la tierra, la fabricación de conservas, las labores de mantenimiento y la pocilga»— siguieron siendo asignados a las mujeres negras «hasta que fue abolida [la segregación racial]»^{62,63}.

Como líder del Partido Comunista, Elizabeth Gurley Flynn había desarrollado un profundo compromiso con la lucha por la liberación negra y había llegado a comprender que la resistencia de las personas negras no siempre era política de una manera consciente. Ella observó que, entre las prisioneras de Alderson,

[...] las mujeres negras eran más solidarias entre ellas, sin duda a raíz de la vida fuera de la prisión, especialmente en el Sur. Me parecía que tenían mejor carácter y que, en general, eran más fuertes y más responsables que las internas blancas y menos propensas al chismo y a los chivatazos⁶⁴.

Le resultó más fácil trabar amistad con las mujeres negras que con las reclusas blancas. «Francamente, confiaba más en las mujeres negras que en las blancas. Se controlaban mejor, eran menos histéricas, menos engreídas, más maduras.»⁶⁵ Y las mujeres negras, a su vez, eran más receptivas a Elizabeth. Quizá percibían en esta comunista blanca una afinidad instintiva en la lucha.

Claudia Jones

Nacida en Trinidad cuando todavía pertenecía a las Indias Occidentales Británicas, Claudia Jones emigró a Estados Unidos con sus padres a una edad todavía muy tem-

⁶¹ *Ibid.*, p. 32.

⁶² Hasta 1954, el Tribunal Supremo de Estados Unidos no revocó su decisión de 1896 que estimaba que la segregación racial no violaba la Decimocuarta Enmienda porque se proporcionaban instalaciones iguales para cada raza, aunque estuvieran separadas. A partir de aquel año se inició oficialmente el proceso de desegregación instado por esta nueva interpretación del tribunal en una sentencia que culminaba la batalla judicial encabezada por la NAACP contra la segregación [N. de la T.].

⁶³ *Ibid.*, p. 176.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 180.

⁶⁵ *Ibid.*

prana⁶⁶. Al cabo del tiempo, se convirtió en una de las innumerables personas negras que se unieron por todo el país al movimiento para liberar a los Nueve de Scottsboro. Su trabajo en el Comité de Defensa de los Acusados de Scottsboro fue lo que le hizo entrar en contacto con miembros del Partido Comunista, para terminar adhiriéndose al mismo apasionadamente⁶⁷. Claudia Jones era sólo una joven de veinte años cuando asumió la responsabilidad del Comité de Mujeres del partido y llegó a convertirse en un símbolo de lucha para las mujeres comunistas de todo el país.

Entre los muchos artículos publicados por Claudia Jones en *Political Affairs*, uno de los más sobresalientes fue el aparecido en el número de junio de 1949 titulado «An End to the Neglect of the Problems of Negro Women» [«Punto final a la desatención de los problemas de las mujeres negras»]⁶⁸. Su visión de las mujeres negras en este artículo intentaba refutar los habituales estereotipos machistas respecto a la naturaleza del papel de las mujeres. Como observaba Jones, el liderazgo de las mujeres negras siempre había sido indispensable para la lucha de su pueblo por la libertad. Por ejemplo, los relatos históricos ortodoxos pocas veces mencionaban el hecho de que «las huelgas de aparceros de la década de los treinta fueron promovidas por mujeres negras»⁶⁹. Además,

[...] las mujeres negras, bien como trabajadoras, bien como esposas, jugaron un papel impresionante en la época anterior a la constitución del CIO⁷⁰, tanto en las huelgas como en otras luchas, para conseguir el reconocimiento de las ideas del sindicalismo industrial en sectores industriales como el del automóvil, el embalaje, el acero, etc. Más recientemente, la militancia de las sindicalistas negras se ha hecho visible en la huelga de las empaquetadoras que trabajan en sus propios domicilios y, de modo mucho más nítido, en la huelga de los tabaqueros, donde líderes como Moranda Smith y Velma Hopkins han emergido como destacadas sindicalistas⁷¹.

Claudia Jones también reprendió a aquellos progresistas, especialmente a los sindicalistas, que no reconocían los esfuerzos de las trabajadoras domésticas para organizarse. En su opinión, el hecho de que la mayoría de las trabajadoras negras todavía estuvieran

⁶⁶ Sobre Claudia Jones, véase Rebecca HILL, «Fosteritas y feministas: las activistas de extrema izquierda de la década de 1950 y la invención de AmeriKKKa», *New Left Review* 11 (noviembre-diciembre de 2001), Madrid, Ediciones Akal, 2001 [N. de la T.].

⁶⁷ J. North, «Communist Women», cit., p. 29.

⁶⁸ Este artículo se volvió a publicar en *Political Affairs* LIII, 3 (marzo de 1974).

⁶⁹ *Ibid.*, p. 33.

⁷⁰ Congreso de Organizaciones Industriales [Congress of Industrial Organizations (CIO)]. En 1950 esta organización se unió a la Federación Americana de Trabajadores [American Federation of Laborers (AFL)]. Actualmente, la AFL-CIO es una de las organizaciones de trabajadores con más visibilidad pública en Estados Unidos [N. de la T.].

⁷¹ *Ibid.*

empleadas en el servicio doméstico hacía que las actitudes paternalistas hacia las criadas condicionaran la definición social prevaleciente de las mujeres negras en su conjunto:

La continua relegación de las mujeres negras al trabajo doméstico ha ayudado a perpetuar e intensificar el desprecio hacia todas las mujeres de la comunidad negra⁷².

Jones no temía recordar a sus propios amigos y camaradas blancos que hay «demasiados progresistas, e incluso algunos comunistas, que todavía son culpables de explotar a trabajadoras domésticas negras»⁷³. Y algunas veces también son culpables de «participar en el “envilecimiento” de las mismas en sus conversaciones con sus vecinos burgueses o dentro de sus propias familias»⁷⁴. Claudia Jones era profundamente comunista, una comunista entregada a la causa que pensaba que el socialismo contenía la única promesa de liberación para las mujeres negras, para las personas negras en su conjunto y, de hecho, para la clase obrera multirracial. Por lo tanto, su crítica estaba motivada por el deseo constructivo de instar a sus compañeros y camaradas blancos a purgarse de actitudes racistas y sexistas. E, igualmente, estaba dirigida al propio partido:

[...] debemos conducir un intenso debate en nuestros [...] clubes sobre el papel de las mujeres negras con el objetivo de equipar a los miembros de nuestro partido con una comprensión clara que les habilite para emprender las luchas necesarias en los talleres y en las comunidades⁷⁵.

Tal y como muchas mujeres negras habían argumentado antes que ella, Claudia Jones proclamaba que las mujeres blancas dentro del movimiento progresista, y especialmente las comunistas, tenían una responsabilidad especial hacia las mujeres negras.

La propia relación económica de las mujeres negras con las blancas, que perpetúa las relaciones según el modelo «señora-criada», alimenta las actitudes despreciativas, y es tarea de las mujeres blancas progresistas, y especialmente de las comunistas, luchar a conciencia contra todas las manifestaciones de supremacismo blanco, palpable o sutil⁷⁶.

Cuando Claudia Jones llegó al Correccional Federal para Mujeres de Alderson a cumplir la condena de prisión dictada en aplicación de la Ley Smith, descubrió en este

⁷² *Ibid.*, p. 35.

⁷³ *Ibid.*

⁷⁴ *Ibid.*

⁷⁵ *Ibid.*, p. 41.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 35.

lugar un auténtico microcosmos de la sociedad racista que le era tan conocida. Si bien un mandamiento judicial obligaba a la prisión a eliminar la segregación de sus instalaciones, Claudia fue enviada a un «alojamiento para reclusas de color», lo que la aisló de sus dos camaradas blancas, Elizabeth Gurley Flynn y Betty Gannet. Esta separación fue especialmente dolorosa para Elizabeth Gurley Flynn, ya que, además de camaradas, ella y Claudia eran íntimas amigas. Cuando Claudia fue liberada de la prisión en octubre de 1955 –10 meses después de que las tres comunistas hubieran llegado a Alderson–, Elizabeth se sintió feliz por su amiga a pesar todo el dolor que sabía que le produciría su ausencia.

Mi ventana daba a la carretera y pude verla marchar. Se giró para decir adiós con la mano y allí estaba ella, alta, esbelta, hermosa, vestida de color oro tostado, para luego desaparecer. Fue el día más duro de mi estancia en prisión. Me sentí tremendamente sola⁷⁷.

El día en que Claudia Jones abandonó Alderson, Elizabeth Gurley Flynn escribió un poema titulado «Adiós Claudia»:

Lentamente se fue acercando el día, querida camarada,
el día, aciago, que de ti me debía separar.
Día tras día un presentimiento oscuro y doliente
se deslizaba en mi corazón a punto de llorar.

Ya no volveré a verte bajar el camino a zancadas.
Ya no volveré a ver tus ojos sonrientes y el brillo de tu cara.
Ya no volveré a oír tu risa alegre abrir el cielo con una carcajada,
ni a sentir que en medio de este triste lugar de tu amor estaba rodeada.

Las palabras no podrán expresar mi nostalgia por ti,
esos días lánguidos, de soledad, de pensamientos sin compartir.
Me siento desolada y vacía esta mañana lóbrega y gris,
encarando este mi futuro solitario que la prisión acaba por ceñir.

Por momentos me parece como si nunca hubieras estado en Alderson,
de lo llena de vida, de lo alejada de aquí que me pareces.
Del orgullo de tu andar, de tu hablar, de tu trabajar, de tu existir,
tu presencia aquí es como una alucinación empañada y febril.

⁷⁷ E. G. Flynn, *The Alderson Story: My Life As a Political Prisoner*, cit., p. 118.

Pero ahora el sol brilla, atravesando la niebla y la oscuridad,
y siento una súbita alegría de que aquí ya no estarás.
De que hoy de nuevo camines por las calles de Harlem,
de que hoy, al menos para ti, nazca la libertad.

Seré fuerte en nuestra fe común, querida camarada.
Seré autosuficiente y firme y honesta con nuestros ideales.
Seré fuerte para mantener mi mente y mi alma fuera de prisión,
y los amados e imborrables recuerdos de ti serán mi aliento e inspiración⁷⁸.

Poco después de que Claudia Jones fuera liberada de Alderson, las presiones del macartismo condujeron a su deportación a Inglaterra. Allí continuó durante algún tiempo su trabajo político editando la revista *West Indian Gazette*. Pero su débil salud no dejó de deteriorarse y pronto contrajo una enfermedad que acabó con su vida.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 211.

Violación, racismo y el mito del violador negro

Algunos de los síntomas más palmarios del deterioro de una sociedad sólo adquieren la consideración de un problema serio cuando alcanzan tales proporciones epidémicas que parecen irresolubles. La violación es un claro ejemplo de ello. Actualmente, es uno de los delitos violentos que crece más rápidamente en Estados Unidos¹. Después de siglos de silencio, de dolor y de culpabilización desenfocada, la agresión sexual emerge explosivamente como una de las disfunciones sintomáticas que afectan a la sociedad capitalista actual. La creciente preocupación por parte de la opinión pública en torno a la violación en este país ha inducido a un gran número de mujeres a revelar sus encuentros pasados con agresores manifiestos o potenciales. El resultado ha sido sacar a la luz un hecho imponente y terrible: son pocas las mujeres que pueden afirmar que no han sido víctimas, alguna vez en sus vidas, de una agresión sexual frustrada o consumada.

Por regla general, en Estados Unidos y en otros países capitalistas, las leyes contra la violación fueron originalmente formuladas para proteger a los hombres de las clases altas frente a las agresiones que pudieran sufrir sus hijas y sus esposas. Habitualmente, los tribunales han prestado poca atención a lo que pudiera ocurrirles a las mujeres de la clase trabajadora y, por consiguiente, el número de hombres blancos procesados por la violencia sexual que han infligido a las mismas es extraordinariamente reducido. Aunque los violadores en raras ocasiones son llevados ante la justicia, los cargos de violación han sido imputados de manera indiscriminada a hombres negros, tanto culpables como inocentes. Así, 405 de los 455 hombres que fueron ejecutados entre 1930 y 1967 por una condena de violación eran negros².

¹ Nancy GAGER y Cathleen SCHURR, *Sexual Assault: Confronting Rape in America*, Nueva York, Grosset & Dunlap, 1976, p. 1.

² Michael MELTSNER, *Cruel and Unusual: The Supreme Court and Capital Punishment*, Nueva York, Random House, 1973, p. 75.

En la historia de Estados Unidos, la acusación fraudulenta de violación emerge como uno de los artificios más formidables inventados por el racismo. El mito del violador negro ha sido evocado, de manera metódica, cada vez que se han necesitado justificar de manera convincente las oleadas recurrentes de terror y de violencia que han sacudido a la comunidad negra. Posiblemente, el hecho de que las mujeres negras hayan estado llamativamente ausentes de las filas del movimiento antiviolación contemporáneo se deba, en parte, a la postura de indiferencia que ha adoptado este movimiento respecto a las acusaciones de violación montadas para incitar a cometer agresiones racistas. Demasiadas víctimas inocentes han sido sacrificadas en las cámaras de gas y enviadas a celdas de cadena perpetua como para que las mujeres negras se unan a aquellas que recurren al amparo de jueces y policías. Además, como víctimas directas de violación, estas mujeres han encontrado poca o ninguna comprensión por parte de esos hombres vestidos con togas y uniformes. Los casos de agresiones por parte de la policía a mujeres negras —en algunas ocasiones las víctimas de violación han sufrido una segunda violación— se escuchan con demasiada frecuencia como para ser tachadas de aberraciones. Muestra de ello es que

«en Birmingham, incluso en los momentos más fuertes del movimiento por los derechos civiles», las activistas jóvenes a menudo declaraban que nada podía proteger a las negras de ser violadas por la policía de Birmingham. En fechas tan recientes como diciembre de 1974, una negra de diecisiete años relataba que había sido violada por una brigada de 10 policías. Algunos de estos hombres fueron suspendidos del servicio, pero finalmente todo el asunto fue barrido bajo la alfombra³.

Durante las primeras etapas del movimiento antiviolación contemporáneo hubo pocas teóricas feministas que analizaran seriamente las circunstancias especiales que rodean a la mujer negra como víctima de esta forma de agresión. El histórico lazo que une a las mujeres negras —las cuales han sufrido sistemáticamente el abuso y la violación de los hombres blancos— con los hombres negros —quienes han sido mutilados y asesinados a causa de la manipulación racista de la acusación de violación— apenas ha comenzado a ser reconocido a un nivel significativo. Generalmente, siempre que las mujeres negras se han enfrentado a la violación, han expuesto, al mismo tiempo, los montajes en los que se lanza la acusación de violador como arma letal del racismo contra los hombres de su comunidad. Una escritora extremadamente sagaz lo describe del siguiente modo:

³ *The Racist Use of Rape and the Rape Charge. A Statement to the Women's Movement From a Group of Socialist Women*, Louisville, Ky, Socialist Women's Caucus, 1974, pp. 5-6.

El mito del violador negro de la mujer blanca es la réplica del mito de la mujer negra des-carriada. Ambos están concebidos para exculpar y facilitar la perpetuación de la explotación de los hombres y de las mujeres negras. Las mujeres negras percibieron muy claramente esta conexión y estuvo en primer plano en la lucha contra los linchamientos⁴.

Gerda Lerner, la autora de este pasaje, es una de las pocas mujeres blancas que ha escrito sobre la cuestión de la violación durante los primeros años de la década de los setenta, examinando en detalle los efectos concatenados del racismo y del sexismo en las mujeres negras. El caso de Joann Little⁵, juzgada durante el verano de 1975, ilustraba la tesis de Lerner. Esta joven negra fue sometida a juicio bajo el cargo de asesinato, acusada de haber matado a uno de los guardias de la prisión de Carolina del Norte, donde era la única mujer reclusa. Cuando Joann Little subió al estrado, relató cómo este guardia la había violado en su celda y cómo ella le había matado en defensa propia con el picador de hielo que él había utilizado para intimidarla. Su causa despertó un intenso apoyo por todo el país, tanto por parte de personas a título individual y organizaciones de la comunidad negra como por parte de las jóvenes del movimiento de mujeres, y su victoria fue recibida como un importante logro que había sido posible gracias a la campaña masiva de solidaridad que había suscitado. En el periodo inmediatamente posterior a su absolución, Little lanzó varias llamadas conmovedoras a favor de Delbert Tibbs, un hombre negro que estaba a la espera de ser ejecutado en Florida tras haber sido condenado por una acusación falsa de violar a una mujer blanca.

Muchas mujeres negras respondieron a la llamada de Joann Little para apoyar la causa de Delbert Tibbs. Pero pocas mujeres blancas y, por supuesto, pocos grupos organizados del movimiento antiviolación secundaron su propuesta de movilizar a la opinión pública a favor de la libertad de este hombre negro que había sido claramente discriminado a causa del racismo sureño. Ni siquiera el hecho de que el abogado que dirigió la defensa de Little, Jerry Paul, anunciara su decisión de representar a Delbert Tibbs hizo que las mujeres blancas se atrevieran a defenderle públicamente. Sin embargo, cuando en 1978 todos los cargos contra Tibbs fueron desestimados, las activistas blancas del movimiento antiviolación comenzaron a alinearse progresivamente a su causa. En todo caso, su rechazo inicial fue uno de los episodios históricos que confirmaron muchas de las sospechas de las mujeres negras que consideraban que el movimiento antiviolación era, en gran medida, ajeno a los intereses específicos de aquéllas.

Por lo tanto, el hecho de que las mujeres negras no se hayan unido en masa al movimiento antiviolación no significa que ellas se opongan a la adopción de medidas globa-

⁴ G. Lerner, *Black Women in White America: A Documentary History*, cit., p. 193.

⁵ Véase Angela Y. DAVIS, «JoAnne Little—The Dialectics of Rape», *Ms. Magazine* III, 12 (junio de 1975).

les contra esta forma de violencia. Antes de finalizar el siglo XIX, los clubes de mujeres negras pioneros dirigieron una de las primeras protestas públicas organizadas contra el abuso sexual. Su larga tradición de ochenta años de lucha contra la violación refleja el modo tan exagerado y extendido en el que las mujeres negras han sufrido la amenaza de la violencia sexual. Uno de los rasgos históricos más acusados del racismo siempre ha sido la presuposición de que los hombres blancos, especialmente los que detentan el poder económico, poseen un derecho inatacable a disponer de los cuerpos de las mujeres negras.

La rutina del abuso sexual servía para sustentar la esclavitud en la misma medida que el látigo y los azotes. La naturaleza irreprimible del impulso sexual, exista o no entre los hombres blancos, no guarda ninguna relación con esta práctica institucionalización de la violación sino que, más exactamente, la coerción sexual constituía una dimensión esencial de las relaciones sociales entre el propietario y su esclava. En otras palabras, el derecho que los propietarios de esclavos y sus ayudantes se adjudicaban sobre los cuerpos de las mujeres negras era una expresión directa de sus pretendidos derechos de propiedad sobre el conjunto de las personas de color. La licencia para violar emanaba, además de facilitarla, de la salvaje dominación económica que caracterizaba, distintiva y espantosamente, a la esclavitud⁶.

A pesar de la abolición de la esclavitud, el modelo del abuso sexual institucionalizado de las mujeres negras había adquirido tanto poder que pudo recomponerse para sobrevivir a su desaparición. La violación colectiva, perpetrada por el Ku Klux Klan y por otras organizaciones terroristas del período posterior a la guerra civil, se convirtió en un arma política desnuda de la contienda para hacer abortar el movimiento a favor de la igualdad de las personas negras. Por ejemplo, durante los disturbios de Memphis de 1866, la violencia de las turbas asesinas estuvo salvajemente acompañada de agresiones sexuales premeditadas contra las mujeres negras. Después de los disturbios, muchas de ellas testificaron ante la comisión de investigación enviada por el Congreso, acerca de las salvajes violaciones perpetradas por grupos violentos de las que habían sido víctimas⁷. El siguiente testimonio, referido a unos hechos similares ocurridos durante los disturbios de 1871 en Meridian, Misisipí, fue aportado por una mujer negra llamada Ellen Parton:

Soy vecina de Meridian; he residido aquí durante nueve años; mi ocupación es lavar, planchar y fregar; la última vez que vinieron a mi casa fue el pasado miércoles por la noche; cuando digo «ellos» me refiero a grupos o a cuadrillas de hombres; vinieron el lunes, el martes y el miércoles; el lunes por la noche dijeron que no venían a hacernos daño; el martes

⁶ Véase, capítulo 1 de este libro.

⁷ H. Aptheker, *A Documentary History of the Negro People in the United States*, vol. 2, cit., pp. 552 ss.

por la noche dijeron que venían a por armas; les dije que no había ninguna y dijeron que aceptaban mi palabra; el miércoles por la noche vinieron, reventaron el armario y los baúles y me violaron; ocho de ellos estaban en la casa; no sé cuántos había fuera⁸.

Evidentemente, el abuso sexual de las mujeres negras no siempre se ha manifestado adoptando una forma tan pública y abiertamente violenta como la descrita. El drama cotidiano del racismo se ha materializado en los innumerables encuentros anónimos ocurridos entre las mujeres negras y sus atacantes blancos, quienes estaban convencidos de que su comportamiento era perfectamente natural. Estas agresiones han recibido la sanción ideológica de los políticos, de los académicos y de los periodistas y, también, de los autores literarios que a menudo han retratado a las mujeres negras como promiscuas e inmorales. Incluso la destacada escritora Gertrude Stein describió a uno de sus personajes negros femeninos como una mujer poseedora de la «sencilla y promiscua inmoralidad de las personas negras»⁹. La imposición de esta actitud a los hombres blancos de la clase obrera marcó un hito glorioso para el desarrollo de la ideología racista.

El racismo siempre se ha nutrido de su capacidad para incitar a la coacción sexual. Aunque las mujeres negras y sus hermanas de color hayan sido los principales objetivos de los ataques inspirados por el racismo, las mujeres blancas también han sido sus víctimas. Desde el momento en el que se convenció a los hombres blancos de que podían cometer impunemente agresiones sexuales contra las mujeres negras, su conducta hacia las mujeres de su propia raza no podía dejar de verse salpicada. El racismo ha funcionado siempre como una provocación a la violación e, inevitablemente, las mujeres blancas estadounidenses han padecido el efecto rebote de estas agresiones. Aquí reside una de las múltiples formas en las que el racismo sustenta al sexismo y que hace que las mujeres blancas sean víctimas indirectas de la opresión específica destinada a sus hermanas de color.

La experiencia de la guerra de Vietnam proporciona otro ejemplo de hasta qué punto el racismo puede funcionar como una incitación a cometer una violación. Si no se hubiera grabado en los cerebros de los soldados estadounidenses que su lucha se estaba librando contra una raza inferior, no hubiera sido posible explicarles que violar a las mujeres vietnamitas era un deber militar necesario. Hasta se les pudo dar instrucciones para que «registraran» a las mujeres con sus penes¹⁰. La política no escrita de la Comandancia Militar estadounidense consistía en instigar a la violación sistemática porque se

⁸ G. Lerner, *Black Women in White America: A documentary History*, cit., pp. 185-186.

⁹ Gertrude STEIN, *Three Lives* [1909], Nueva York, Vintage Book, 1970, p. 86. [ed. cast.: *Tres vidas*, Barcelona, Fontamara, 1982].

¹⁰ A. Eisen-Bergman, *Women in Vietnam*, cit., parte I, cap. 5.

trataba de un arma extremadamente efectiva de terrorismo de masas. ¿Dónde están los miles y miles de veteranos del Vietnam que presenciaron y protagonizaron estos horrores? ¿Hasta qué punto afectaron aquellas brutales experiencias en sus actitudes hacia las mujeres en general? Aunque sería bastante erróneo señalar únicamente a los veteranos del Vietnam como los principales perpetradores de delitos sexuales, no cabe la menor duda de que, actualmente, todas las mujeres en Estados Unidos todavía padecen las terribles repercusiones de la experiencia de aquella guerra.

Es una ironía dolorosa que algunas teóricas contra la violación ignoren el papel que ocupa el racismo para azuzar a la violación y no vacilen a la hora de argumentar que los hombres de color son especialmente proclives a cometer actos de violencia sexual contra las mujeres. En su impresionante estudio sobre la violación, Susan Brownmiller afirma que la opresión histórica a la que han sido sometidos los hombres negros ha hecho que muchas de las expresiones «legítimas» de dominación masculina hayan quedado fuera de su alcance. Así pues, los hombres negros deben recurrir a cometer actos de abierta violencia sexual. En su retrato de los «habitantes del gueto», Brownmiller insiste en que:

[...] los salones de comidas de los ejecutivos de las empresas y actividades como escalar el monte Everest no son algo normalmente accesible para quienes integran la subcultura de la violencia. El acceso al cuerpo femenino empleando la fuerza entra dentro de lo que ellos conocen¹¹.

Cuando se publicó el libro de Brownmiller, *Against Our Will: Men, Women and Rape*, algunos círculos le brindaron una calurosa acogida. *Time Magazine*, que la eligió como una de las mujeres del año en 1976, describió el libro como «una de las obras de estudio más rigurosas y provocadoras que haya surgido del movimiento feminista»¹². Pero en otros círculos el libro ha sido sometido a una severa crítica por su complicidad con el resurgimiento del viejo mito del violador negro.

Es innegable que el libro de Brownmiller es una contribución erudita que puede considerarse pionera en la literatura contemporánea sobre la violación. Pero, lamentablemente, muchos de sus argumentos están impregnados de ideas racistas. Un ejemplo característico de este enfoque es su reinterpretación del linchamiento que tuvo lugar en 1953 de un joven de catorce años llamado Emmett Till. El joven muchacho había silbado a una mujer blanca en Misisipí y poco después se encontró su cuerpo, lisiado, en el fondo del río Tallahatchie. «La acción de Till —decía Brownmiller— era algo más que el gesto de chulería de un chaval.»¹³

¹¹ Susan BROWNMILLER, *Against Our Will: Men, Women and Rape*, Nueva York, Simon and Schuster, 1975, p. 194 [ed. cast.: *Contra nuestra voluntad, hombres, mujeres y violación*, Barcelona, Planeta, 1981].

¹² «A Dozen Who Made a Difference», *Time* 107, 1 (5 de enero de 1976), p. 20.

¹³ S. Brownmiller, *Against Our Will: Men, Women and Rape*, cit., p. 247.

Emmett Till iba a mostrar a sus colegas negros que él y, por lo tanto, ellos podían tomar a una mujer blanca, y Carolyn Bryant era el objetivo más a su alcance. En términos exactos, lo que se estaba valorando era la accesibilidad a todas las mujeres blancas [...]. ¿Y qué significa el aullido de lobo, el «gesto del adolescente bravucón» que era Till? [...] El silbido no era un suave guau guau o un gesto bien sonante de admiración a unos tobillos bien moldeados [...]. Era un insulto deliberado en el límite de la agresión física, una última advertencia a Carolyn Bryant de que este chico negro, Till, tenía en mente poseerla¹⁴.

Aunque Brownmiller deplora el sádico castigo infligido a Emmett Till, el joven negro emerge como un sexista casi tan culpable como sus asesinos racistas blancos. En su opinión, después de todo, tanto Till como sus asesinos estaban exclusivamente preocupados por sus derechos de posesión sobre las mujeres.

Lamentablemente, Brownmiller no es la única escritora contemporánea sobre la violación que ha sufrido la influencia de la ideología racista. Jean MacKellar sostiene en su libro *Rape: The Bait and the Trap* que

los negros que han crecido en las duras condiciones de vida del gueto aprenden que sólo pueden conseguir lo que quieren apropiándose de ello. La violencia es la regla en el juego para la supervivencia. Las mujeres son una buena presa y, por lo tanto, para conseguir a una mujer se la somete¹⁵.

MacKellar ha sido tan absolutamente hipnotizada por la propaganda racista que llega a hacer la atrevida afirmación de que el 90 por 100 de todas las violaciones que se denuncian en Estados Unidos han sido cometidas por hombres negros¹⁶. Si se tiene en cuenta que la cifra proporcionada por el FBI para esta relación es del 47 por 100¹⁷, resulta difícil de creer que la afirmación de MacKellar no sea una provocación intencionada.

La mayor parte de los estudios recientes sobre la violación en Estados Unidos ha reconocido la disparidad existente entre la incidencia real de las agresiones sexuales y aquellas que son denunciadas a la policía. Por ejemplo, en opinión de Susan Brownmiller, las violaciones denunciadas se sitúan entre un 1 de cada 5 y un 1 de cada 20 de las que se producen¹⁸. Un informe publicado por el Colectivo Feminista Radical [Radical Feminist] de Nueva York concluía que las violaciones denunciadas se sitúan, incluso,

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Jean MACKELLAR, *Rape: The Bait and the Trap*, Nueva York, Crown Publishers, 1975, p. 72.

¹⁶ *Ibid.* «En suma, de cada violación denunciada en la que el autor es un hombre blanco, hay nueve que son negros. Los hombres negros, que constituyen, aproximadamente, una décima parte del total de la población masculina estadounidense, están implicados en el 90 por 100 de las violaciones denunciadas.»

¹⁷ S. Brownmiller, *Against Our Will: Men, Women and Rape*, cit., p. 213.

¹⁸ *Ibid.*, p. 175.

por debajo del 5 por 100¹⁹. No obstante, en gran parte de la literatura contemporánea sobre la violación hay una tendencia a equiparar al «violador que aparece en el libro de incidencias de la policía» con el «violador típico». Si esta pauta persiste, será prácticamente imposible desvelar las verdaderas causas sociales de la violación.

Desgraciadamente, el libro de Diana Russell *Politics of Rape* refuerza la idea vigente de que el violador típico es un hombre de color o, si es blanco, es un hombre de clase obrera. Su libro, subtítulo *The Victim's Perspective*, se basa en una serie de entrevistas realizadas a víctimas de violación en el área de la bahía de San Francisco. De los 22 casos que recoge, 12 —es decir, más de la mitad— se refieren a mujeres que han sido violadas por un hombre negro, chicano o indio de América del Norte. Resulta revelador que únicamente en un 26 por 100 de las 95 entrevistas originales que realizó el agresor fuera un hombre de color²⁰. Si este cuestionable proceso de selección no es suficiente para levantar profundas sospechas de racismo, no hay más que atender al consejo que brinda a las mujeres blancas:

Si algunos hombres negros consideran la violación de las mujeres blancas como un acto de venganza o como una expresión justificable de hostilidad hacia los blancos, yo pienso que es igualmente sensato que las mujeres blancas confíen menos en los hombres negros de lo que muchas de ellas lo hacen²¹.

No cabe duda de que Brownmiller, MacKellar y Russell son más sutiles que los primeros ideólogos del racismo. Pero, trágicamente, sus conclusiones acusan un paralelismo con las ideas de un instruido apologista del racismo como Winfield Collins, quien en 1918 publicó un libro titulado *The Truth About Lynching and the Negro in the South (In Which the Author Pleads that the South Be Made Safe for the White Race)* [*La verdad sobre el linchamiento y el hombre de raza negra en el Sur (En el que el autor suplica que se haga del Sur un lugar seguro para la raza blanca)*] en el que se sostenía:

Dos de los caracteres más destacados de los negros son la completa falta de castidad y la ignorancia absoluta de lo que es la honestidad. La laxitud sexual del negro, considerada sumamente inmoral, o incluso criminal, en la civilización del hombre blanco, puede que haya sido casi una virtud en su hábitat original. Allí, la naturaleza hizo que se desarrollaran en él intensas pasiones sexuales para compensar su elevado índice de mortalidad²².

¹⁹ Noreen CONNELL y Cassandra WILSON (eds.), *Rape: The First Sourcebook for Women*, elaborado por el New York Radical Feminist, Nueva York, New American Library, 1974, p. 151.

²⁰ Diana RUSSELL, *The Politics of Rape: The Victim's Perspective*, Nueva York, Stein & Day, 1975.

²¹ *Ibid.*, p. 163.

²² Winfield H. COLLINS, *The Truth About Lynching and the Negro in the South (In Which the Author Pleads that the South Be Made Safe for the White Race)*, Nueva York, Neale Publishing Co., 1918, pp. 94-95.

Collins recurre a argumentos pseudobiológicos, mientras que Brownmiller, Russell y MacKellar apelan a explicaciones ambientales, pero, en definitiva, todos coinciden en afirmar que los hombres negros están motivados, por razones especialmente poderosas, a cometer actos de violencia sexual contra las mujeres.

Uno de los primeros trabajos teóricos vinculados al movimiento feminista contemporáneo donde se abordó la cuestión de la violación y de la raza fue el libro de Shulamith Firestone *The Dialectics of Sex: The Case for Feminist Revolution*. Firestone afirma que, en términos generales, el racismo es en realidad una extensión del sexismo. Invocando la noción bíblica de que «las razas no son más que los diversos parientes y hermanos de la Familia del Hombre»²³, construye una formulación en la que al hombre blanco se le define como padre, a la mujer blanca como esposa y madre y a las personas negras como niños. Haciendo una transposición de la teoría de Freud del complejo de Edipo a términos raciales, sugiere que el hombre negro alberga un deseo incontrolable de mantener relaciones sexuales con la mujer blanca. Su deseo es matar al padre y dormir con la madre²⁴. Además, con la finalidad de «ser un hombre», el negro debe

deshacer él mismo el lazo que le une a la mujer blanca relacionándose con ella, aunque sea sólo de una manera degradante. Además, debido al odio y a los celos feroces que siente hacia el Poseedor de ésta, es decir, hacia el hombre blanco, posiblemente desea el contacto carnal con ella en cuanto objeto que ha de ser conquistado para vengarse de aquél²⁵.

Al igual que Brownmiller, MacKellar y Russell, Firestone sucumbe al viejo sofisma racista de culpar a la víctima. Ya lo hagan de manera consciente o inocente, el caso es que sus pronunciamientos han facilitado el resurgimiento del manido mito del violador negro. Además, su miopía histórica les impide comprender que la descripción del hombre negro como violador refuerza la abierta invitación del racismo al hombre blanco para que se sirva sexualmente del cuerpo de las mujeres negras. La imagen ficticia del hombre negro como violador siempre ha reforzado a su inseparable pareja: la imagen de la mujer negra como depositaria de una promiscuidad crónica. Porque desde el momento en el que se acepta la noción de que el hombre negro abriga un impulso sexual irresistible y animal, toda la raza es investida de bestialidad. Si los hombres negros tienen los ojos puestos sobre las mujeres blancas como objetos sexuales, entonces es innegable que las mujeres negras deben acoger con agrado las atenciones sexuales que les dedican los

²³ Shulamith FIRESTONE, *The Dialectics of Sex: The Case for Feminist Revolution*, Nueva York, Bantam Books, 1971, p. 108 [ed. cast.: *La dialéctica del sexo: en defensa de la revolución feminista*, Barcelona, Kairós, 1976].

²⁴ *Ibid.*, pp. 108 ss.

²⁵ *Ibid.*, p. 110.

hombres blancos. Vistas como «mujeres perdidas» y como putas, los gritos de violación proferidos por las mujeres negras carecerían, inevitablemente, de legitimidad.

Durante la década de los veinte, un prestigioso político sureño declaró que no existía eso que se llama una «chica de color virtuosa» que hubiera cumplido más de catorce años²⁶. Lo cierto es que este hombre blanco tenía dos familias, una con su esposa blanca y otra con una mujer negra. Walter White, un destacado líder de la campaña contra los linchamientos y secretario ejecutivo de la NAACP, acusó acertadamente a este hombre de «justificar y excusar su propia laxitud moral enfatizando la “inmoralidad” de las mujeres de la “raza inferior”»²⁷.

Lamentablemente, un escritor negro contemporáneo, Calvin Hernton, sucumbe a una falacia similar acerca de las mujeres negras. En su estudio *Sex and Racism*, insiste en que «durante la esclavitud, la mujer negra comenzó a desarrollar una idea degradante de sí misma, no sólo como mujer sino también como ser humano»²⁸. De acuerdo con el análisis de Hernton, «después de experimentar la constante inmoralidad del Sur blanco»,

la mujer negra se convirtió en una mujer «promiscua y perdida», y podía ser «poseída por quien quisiera». De hecho, la imagen que llegó a tener de sí misma era una copia de la forma en la que el Sur la veía y la trataba, puesto que no tenía otra moralidad que le inspirase para modelar su feminidad²⁹.

El análisis de Hernton en ningún momento penetra el velo ideológico que ha acabado minimizando los ultrajes sexuales cometidos constantemente contra las mujeres negras. Cae en la trampa de culpar a la víctima del salvaje castigo que históricamente fue obligada a soportar.

A lo largo de la historia de este país las mujeres negras han manifestado una conciencia colectiva de su opresión sexual. Igualmente, han comprendido que no podrían resistir de modo eficaz a los abusos sexuales que sufrían si no atacaban, simultáneamente, la acusación falsa de violación como pretexto para el linchamiento. El recurso a la violación como un instrumento del terror ejercido por el supremacista blanco precede muchos siglos a la institución del linchamiento. Durante el periodo de la esclavitud, el linchamiento de las personas negras no estaba extendido por la simple razón de que los propietarios de esclavos eran reacios a destruir su valiosa propiedad. Los azotes

²⁶ Walter WHITE, *Rope and Faggot: A Biography of Judge Lynch*, Nueva York, Alfred A. Knopf, Inc., 1929, p. 66.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ Calvin HERNTON, *Sex and Racism in America*, Nueva York, Grove Press, 1965, p. 125.

²⁹ *Ibid.*, p. 124.

sí, pero el linchamiento no. Junto con los azotes, la violación era un método terriblemente eficiente para mantener bajo control tanto a las mujeres como a los hombres negros. Era un arma rutinaria de represión.

Ciertamente, antes de la guerra civil se produjeron linchamientos, pero era más habitual que tuvieran como objetivo a los abolicionistas blancos, ya que éstos carecían de un valor efectivo en el mercado. Según se recoge en el *Liberator* de William Lloyd Garrison, durante las dos décadas posteriores a 1836 más de 300 blancos fueron víctimas del linchamiento³⁰. La incidencia de los mismos fue creciendo a medida que la campaña antiesclavista ganaba poder e influencia.

A medida que los propietarios de esclavos veían que la lucha que se desataba contra ellos seguía adelante, a pesar de su desesperada batalla por controlar aquellas fuerzas, recurrían más a la soga y al fajo de leña³¹.

Como concluye Walter White, «el linchador entró en escena como un robusto defensor de los intereses de los propietarios de esclavos»³².

Con la emancipación de los esclavos, los negros ya no poseían un valor de mercado para el antiguo propietario y «la industria del linchamiento sufrió una revolución»³³. Cuando Ida B. Wells reunió los datos para su primera hoja informativa contra el linchamiento, publicada en 1895 bajo el título de *A Red Record [El informe rojo]*, calculó que entre 1865 y 1895 se habían producido más de 10.000 linchamientos.

La gran mayoría de los asesinatos cometidos por hombres blancos durante los últimos treinta años no ha salido a la luz pública, pero, según las estadísticas recogidas y conservadas por blancos, y que no han sido refutadas, durante estos años más de diez mil negros han sido asesinados a sangre fría sin la formalidad de un proceso judicial y de una ejecución legal. Pero, además, como muestra de la absoluta impunidad con la que el hombre blanco osa matar a un negro, el mismo informe revela que durante todos esos años únicamente han sido juzgados, condenados y ejecutados, por todos estos asesinatos, tres hombres blancos. Si se tiene en cuenta que ningún hombre blanco ha sido linchado por el asesinato de personas de color, estas tres ejecuciones suponen los únicos casos en los que la pena de muerte ha recaído sobre blancos por haber asesinado a negros³⁴.

³⁰ W. White, *Rope and Faggot: A Biography of Judge Lynch*, cit., p. 91.

³¹ *Ibid.*, 92.

³² *Ibid.*, p. 86.

³³ *Ibid.*, p. 94.

³⁴ Ida B. WELLS-BARNETT, *On Lynching*, Nueva York, Arno Press & New York Times, 1969, p. 8.

El mito del violador negro hizo aparición conectado con estos linchamientos y con sus innumerables barbaridades. Únicamente podía adquirir su terrible poder de persuasión dentro del mundo irracional de la ideología racista. Pero por muy irracional que pueda ser este mito no era una aberración espontánea. Por el contrario, el mito del violador negro fue una invención claramente política. Como señala Frederick Douglass, durante la esclavitud, los hombres negros no fueron indiscriminadamente calificados de violadores. De hecho, durante todo el periodo de la guerra civil ni un sólo hombre negro fue acusado públicamente de violar a una mujer blanca³⁵. Douglass sostenía que si los hombres negros poseyeran un impulso animal hacia la violación, desde luego, este supuesto instinto violador se hubiera activado cuando las mujeres blancas se quedaron sin la protección de los hombres blancos que estaban luchando en el ejército confederado.

En el periodo inmediatamente posterior a la guerra civil, el espectro amenazante del violador negro aún no había hecho su aparición en el panorama histórico. Pero los linchamientos, reservados durante la esclavitud para los abolicionistas blancos, se demostraron una valiosa arma política. Y, antes de que el linchamiento se pudiera consolidar como una institución popularmente aceptada, había que justificar convincentemente su salvajismo y sus horrores. Éstas fueron las circunstancias que alumbraron el mito del violador negro, puesto que la acusación de violación se reveló el medio más poderoso, de todos los intentos que se hicieron, para justificar el linchamiento de las personas negras. A su vez, la institución del linchamiento aderezada por la persistencia de la violación de las mujeres negras se convirtió en un ingrediente esencial de la estrategia de terror racista desplegada en el periodo posbélico. De esta forma, la brutal explotación de la fuerza de trabajo negra estaba garantizada y, tras la traición de la Reconstrucción, la dominación política del conjunto de su comunidad estaba asegurada.

Durante la primera gran oleada de linchamientos, la propaganda instando a la defensa de la femineidad blanca de los irreprímibles instintos violadores de los hombres negros brilló por su ausencia. De acuerdo con las observaciones de Frederick Douglass, en la mayoría de los casos los asesinatos de personas negras cometidos fuera de la ley fueron explicados como una medida preventiva para disuadir a las masas negras de sublevarse³⁶. En aquella época, la función política de las turbas asesinas no se camuflaba. El linchamiento era una contrainsurgencia desenmascarada, un medio para garantizar que las personas negras no fueran capaces de alcanzar su aspiración a la ciudadanía y a la igualdad económica. «En aquellos momentos», señala Douglass,

³⁵ Frederick DOUGLASS, «The Lesson of the Hour», panfleto publicado en 1894. Posteriormente publicado bajo el título «Why is the Negro Lynched» en P. Foner, *The Life and Writings of Frederick Douglass*, vol. 4, cit., pp. 498-499.

³⁶ *Ibid.*, p. 501.

la justificación del asesinato de los negros se decía que residía en las conspiraciones y en las insurrecciones de éstos, en sus planes para asesinar a todas las personas blancas, en sus tramas para quemar la ciudad y desatar la violencia generalizada [...], pero nunca se dijo ni se murmuró una sola palabra sobre los ultrajes cometidos por los negros a las mujeres y a los niños blancos³⁷.

Posteriormente, una vez que se hizo evidente que estas conspiraciones, insurrecciones y tramas eran elucubraciones que nunca se materializaban, la justificación pública del linchamiento se modificó. Durante el periodo que se abrió después de 1872, los años de la emergencia de sociedades secretas como el Ku Klux Klan y los Caballeros de la Camelia Blanca, se tejió un nuevo pretexto. Los linchamientos fueron presentados como una medida necesaria para prevenir la supremacía de los negros sobre las personas blancas, en otras palabras, para reafirmar su supremacía³⁸.

Después de la traición de la Reconstrucción y de la subsiguiente privación del voto a las personas negras, el espectro de la supremacía política negra como excusa para el linchamiento perdió su vigencia. Sin embargo, a medida que iba cobrando forma la estructura económica posbélica, y solidificándose la sobreexplotación de la fuerza de trabajo negra, el número de linchamientos continuó creciendo. En esta coyuntura social, el grito de violación irrumpió como su principal justificación. La explicación ofrecida por Frederick Douglass de los motivos políticos subyacentes a la creación del mítico violador negro constituye un brillante análisis de la forma en la que la ideología se transforma para confluír con nuevas condiciones históricas.

Los tiempos han cambiado, y los detractores de los negros han visto necesario cambiar con ellos. Se han visto obligados a inventar una nueva imputación más acorde con la época actual. Las viejas acusaciones ya no valen. Con ellas no se puede asegurar la aprobación del Norte y de la humanidad. Ningún hombre honesto puede seguir creyendo que haya ninguna base para temer la supremacía negra. El paso del tiempo y el desarrollo de los acontecimientos han hecho desaparecer esos antiguos nidos de mentiras. Hace tiempo fueron poderosas. En su día funcionaron y lo hicieron con una fuerza y unos efectos terribles, pero actualmente han sido desechadas. La mentira ha perdido su capacidad para engañar. Las nuevas circunstancias han hecho necesaria una justificación más sólida, más fuerte y más efectiva de la barbarie sureña y, de ahí, según mi teoría, que tengamos que enfrentarnos a una acusación más impactante y más atronadora que la hipotética supremacía o la eventual insurrección de los negros³⁹.

³⁷ *Ibid.*

³⁸ *Ibid.*

³⁹ *Ibid.*, p. 502.

Por supuesto, esta acusación más impactante y más atronadora era la violación. Ahora, el linchamiento venía a explicarse y a racionalizarse como un método para vengar los ataques de los hombres negros a la feminidad blanca sureña. En opinión de un defensor del linchamiento, era necesario encontrar «una forma de unir una situación excepcional con unos medios excepcionales; por ello surgió el linchamiento, dirigido a mantener bajo control al negro en el Sur»⁴⁰.

Aunque la mayoría de los linchamientos ni siquiera llevaron aparejados la acusación de agresión sexual, la alegación racista de violación se convirtió en una explicación popular mucho más efectiva que ninguno de los anteriores intentos de justificar los ataques de las turbas contra las personas negras. En una sociedad completamente atravesada por la dominación masculina, los hombres que actuaban movidos por su deber de defender a las mujeres podían ser excusados de cualquier exceso que pudieran cometer. El hecho de que alegasen un motivo sublime era suficiente para justificar las crueldades en las que acababan traduciéndose sus actuaciones. Como expuso el senador Ben Tillman, de Carolina del Sur, a sus colegas de Washington a principios del siglo XX:

Cuando hombres blancos, firmes y de aspecto serio causan la muerte a una criatura con forma humana que ha desflorado a una mujer blanca, han vengado la falta más grave, el crimen más oscuro⁴¹.

Para este senador, tales crímenes hacían que [los hombres civilizados] «regresen a un estado primitivo, genuino y salvaje, cuyos impulsos, bajo tales circunstancias, siempre han sido "matar, matar y matar"»⁴².

Las repercusiones de este nuevo mito fueron enormes. No sólo sirvió para contener la oposición a los linchamientos individuales —¿quién se atrevía a defender a un violador?— sino que, en general, el apoyo blanco a la causa de la igualdad negra comenzó a decaer. A finales del siglo XIX, la mayor organización de masas de mujeres blancas, la Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza [Women's Christian Temperance Union], estaba presidida por una mujer que públicamente vilipendiaba a los hombres negros por sus supuestos ataques a las mujeres blancas⁴³. Frances Willard llegó incluso a calificar a los hombres negros de especialmente propensos al alcoholismo, lo que, a su vez, exacerbaba su impulso instintivo a la violación.

⁴⁰ W. H. Collins, *The Truth About Lynching and the Negro in the South (In Which the Author Pleads that the South Be Made Safe for the White Race)*, cit., p. 58.

⁴¹ N. Gager y C. Schurr, *Sexual Assault: Confronting Rape in America*, cit., p. 163.

⁴² *Ibid.*

⁴³ Durante el siglo XIX en Estados Unidos cobró una fuerza considerable un movimiento por la abstinencia inicialmente encabezado por religiosos que consideraban la bebida como un obstáculo para la salvación individual, pero que posteriormente se extendió dotándose de un contenido laico basado en

La licorería es el centro de poder de los negros. Whisky mejor y cosas del estilo son la llamada a la unidad de ingentes muchedumbres de tez oscura. La raza de color se multiplica como las langostas de Egipto. La licorería es el centro de su poder. En estos momentos, la seguridad de las mujeres, de la infancia y del hogar está amenazada en miles de localidades de modo que los hombres se cuiden de perder de vista sus propios hogares⁴⁴.

La caracterización del hombre negro como violador sembró una increíble confusión dentro de las filas de los movimientos progresistas. Tanto Frederick Douglass como Ida B. Wells señalaron en sus respectivos análisis del linchamiento que en cuanto el grito propagandístico de la violación se convirtió en una excusa legítima para el linchamiento, los antiguos defensores blancos de la igualdad de las personas negras comenzaron a temer, progresivamente, que se les vinculara con la lucha de liberación negra. Estas personas o bien permanecían en silencio o bien, como Frances Willard, se pronunciaban agresivamente contra los crímenes sexuales atribuidos indiscriminadamente a los negros. Douglass describió, en términos generales, el impacto catastrófico que había tenido la falsa acusación de violación en el movimiento a favor de la igualdad de las personas negras:

Ha enfriado a los amigos (de los negros); ha enardecido a sus enemigos y, hasta cierto punto, ha detenido tanto dentro como fuera del país los generosos esfuerzos que algunos hombres de buen corazón solían hacer por su progreso y por su ascenso. Ha engañado a sus amigos del Norte y a muchos de sus buenos amigos del Sur, ya que casi todos ellos han aceptado, en mayor o menor medida, la veracidad de esta acusación contra el hombre negro⁴⁵.

¿Cuál era la realidad que sustentaba este mito terriblemente poderoso del violador negro? No cabe duda de que hubo ejemplos de hombres negros que violaron a mujeres blancas. Pero el número de violaciones reales que se produjeron estaba largamente desproporcionado respecto a las acusaciones que entrañaba el mito. Tal y como ha sido

que una sobriedad general proporcionaría un electorado más ilustrado, una fuerza de trabajo más eficiente y un orden social más estable. Se fundaron distintas sociedades para la promoción de la templanza y también hubo una gran profusión de literatura sobre la misma. Este movimiento se plasmó en la adopción de leyes en varios Estados que pretendían restringir o, incluso, prohibir el comercio de alcohol. La agitación en favor de la prohibición de bebidas alcohólicas ganó mayor impulso por el asombroso incremento que sufrió el consumo de alcohol tras la guerra civil. En 1869 se fundó un partido prohibicionista que logró algún éxito local. Pero su principal punta de lanza fue la Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza, creada en 1874. La esposa del presidente Hayes demostró su apoyo negándose a servir bebidas alcohólicas en las reuniones de la Casa Blanca [N. de la T.].

⁴⁴ I. B. Wells-Barnett, *On Lynching*, cit., p. 59.

⁴⁵ P. Foner, *The Life and Writings of Frederick Douglass*, vol. 4, cit., pp. 503.

mencionado, durante todo el periodo de la guerra civil no se denunció ni un solo caso en el que un esclavo violara a una mujer blanca. A pesar de que prácticamente todos los hombres blancos sureños estaban en el campo de batalla, jamás se levantó el grito de violación. Frederick Douglass argumenta que la imputación del cargo de violación al colectivo de hombres negros no era creíble por la sencilla razón de que implicaba que se hubiera producido una transformación radical e inmediata en el perfil moral y mental de las personas negras.

La historia no contiene ningún ejemplo de una transformación en el carácter de una categoría de hombres tan extrema, tan perversa y tan acabada como la que implica esta acusación. El cambio es demasiado grande y el periodo para que se produzca es demasiado breve⁴⁶.

Las circunstancias reales en las que se produjeron la mayoría de los linchamientos también contradecían el mito del violador negro. La mayoría de los asesinatos perpetrados por las turbas racistas ni siquiera conllevaban una acusación de violación. Aunque se apelaba a la violación como justificación aceptada popularmente del linchamiento en general, la mayoría de los mismos tuvieron lugar por otras razones. En un estudio publicado en 1931 por la Southern Commission on the Study of Lynching [Comisión Sureña para el Estudio del Linchamiento] se revelaba que entre 1889 y 1929 únicamente una de cada seis víctimas de las turbas racistas había sido realmente acusada de violación: el 37,7 por 100 habían sido acusadas de asesinato; el 5,8 por 100, de agresiones graves; el 7,1 por 100, de robo; el 1,8 por 100, de insultar a una persona blanca y el 24,2 por 100 habían sido acusadas de faltas diversas, en su mayoría asombrosamente triviales. Según las cifras de la comisión, las víctimas de linchamiento acusadas de violación fueron el 16,7 por 100 y de intento de violación, el 6,7 por 100⁴⁷.

Aunque los hechos rebatían sus argumentos, la mayoría de los defensores del linchamiento sostenían que únicamente la obligación de los hombres blancos de defender a sus mujeres podía llevarles a perpetrar tales ataques salvajes contra los hombres negros. En 1904, la *North American Review* publicaba unas palabras de Thomas Nelson Page en las que hacía recaer toda la responsabilidad por los linchamientos sobre las espaldas de los hombres negros y sobre su incontrolada propensión a cometer crímenes sexuales.

El crimen del linchamiento no es probable que cese hasta que el crimen de forzar y asesinar a mujeres y a niños no deje de ser tan frecuente como lo ha sido en tiempos recientes.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 499.

⁴⁷ *Lynchings and What They Mean*, General Findings of the Southern Commission on the Study of Lynching, Atlanta, 1931, p. 19.

Y este crimen, que casi por completo se circunscribe a la raza negra, no disminuirá sensiblemente hasta que los propios negros no se hagan cargo y lo hagan desaparecer⁴⁸.

Y según las palabras pronunciadas por Ben Tillman en el Senado estadounidense, los blancos del Sur no deberían «someterse a que [los negros] satisfagan su lujuria con nuestras esposas y nuestras hijas sin lincharlos»⁴⁹. En 1892, cuando el senador Tillman era gobernador de Carolina de Sur, había declarado, en el mismo lugar donde ocho hombres negros habían sido ahorcados, que personalmente encabezaría una turba para linchar a cualquier hombre negro que se atreviera a violar a una mujer blanca. Durante su mandato como gobernador entregó a un hombre negro a una turba a pesar de que la víctima había sido públicamente absuelta por la mujer blanca que había levantado el grito de violación⁵⁰.

La colonización de la economía sureña por los capitalistas del Norte dio al linchamiento su impulso más vigoroso. Si gracias al uso del terror y la violencia las personas negras pudieran seguir siendo el grupo más brutalmente explotado dentro de las engrosadas filas de la clase obrera, los capitalistas podrían disfrutar de una doble ventaja. La sobreexplotación de la mano de obra negra se traduciría en un aumento de los beneficios y, además, se aplacarían las hostilidades de los trabajadores blancos hacia sus propios patronos. Los trabajadores blancos que aceptaron los linchamientos adoptaron, necesariamente, una postura de solidaridad racial con los hombres blancos que en realidad eran sus opresores. Éste fue un momento crítico en la popularización de la ideología racista.

Probablemente, si las personas negras se hubieran limitado a aceptar un *status* de inferioridad política y económica, las turbas asesinas se hubieran desvanecido. Pero debido a que un vasto número de ex esclavos se negó a renunciar a sus sueños de progreso, durante las tres décadas posteriores a la guerra se produjeron más de 10.000 linchamientos⁵¹. Cualquier persona que desafiara la jerarquía racial llevaba la marca de víctima potencial de una turba violenta. La interminable lista de muertos llegó a incluir a todo tipo de insurgentes, desde propietarios de prósperos negocios de negros y trabajadores pujando por un aumento de sueldo hasta aquellos que se negaban a ser llamados «chico» y a mujeres rebeldes que se resistían a los abusos sexuales de los hombres blancos. La opinión pública había sido conquistada y nadie cuestionaba la idea de que el linchamiento era una respuesta justa a los salvajes crímenes sexuales perpetrados contra la feminidad blanca. Pero había una pregunta importante que se dejaba sin responder: ¿qué pasaba con las nume-

⁴⁸ Citado en G. Lerner, *Black Women in White America, A Documentary History*, cit., pp. 205-206.

⁴⁹ J. Franklin e I. Starr (eds.), *The Negro in Twentieth Century America*, cit., p. 67.

⁵⁰ I. B. Wells-Barnett, *On Lynching*, cit., p. 57.

⁵¹ *Ibid.*, p. 8.

rosas mujeres que fueron linchadas y, en ocasiones, violadas antes de ser asesinadas por las turbas? Ida B. Wells se refiere a uno de estos casos:

[...] el terrible caso de una mujer de San Antonio, Texas, a la que se había metido en un barril cuyas paredes estaban atravesadas con clavos incrustados y se la había hecho rodar colina abajo hasta que murió⁵².

El *Chicago Defender* publicó el siguiente artículo el 18 de diciembre de 1915, bajo el titular «Rape, Lynch Negro Mother» [«Violación y linchamiento de madre negra»]:

Columbia, Misisipi, 17 de diciembre: el jueves por la mañana de la semana pasada Cordella Stevenson fue encontrada ahorcada de la rama de un árbol, sin nada de ropa, muerta [...]. Había sido colgada allí la noche anterior por una turba sanguinaria que había ido a su casa, la había arrancado de su sueño y la había arrastrado por las calles sin encontrar ningún tipo de resistencia. La llevaron a un lugar remoto, hicieron sus obscenidades y luego la colgaron⁵³.

Dado el papel central jugado por el violador negro ficticio en la formación del racismo posterior a la esclavitud, resulta, en el mejor de los casos, irresponsable formular una teoría en la que los hombres negros aparecen representados como los autores más frecuentes de actos de violencia sexual. Y, en el peor de ellos, es una agresión contra las personas negras en su conjunto, ya que el mítico violador implica la mítica puta. Las mujeres negras, considerando que la imputación de violador era un ataque contra toda la comunidad negra, asumieron enseguida el liderazgo del movimiento contra los linchamientos. Ida B. Wells-Barnett fue la fuerza motriz detrás de una cruzada contra el linchamiento que estaba destinada a prolongarse por espacio de muchas décadas. En 1892, tres conocidos de esta periodista negra fueron víctimas de un linchamiento en Memphis, Tennessee. Una turba racista les asesinó porque la tienda que habían abierto en un barrio negro hacía la competencia a una tienda propiedad de un blanco. Inmediatamente Ida B. Wells denunció este linchamiento en las páginas de su periódico, *The Free Speech* [La Libertad de Expresión]. Tres meses más tarde, cuando se encontraba de viaje en Nueva York, un incendio destruyó completamente las oficinas de su periódico. El hecho de estar amenazada con sufrir un linchamiento la llevó a tomar la decisión de quedarse en el este del país y de «contar al mundo, por primera vez, la verdadera historia de los linchamientos de negros que se estaban volviendo más numerosas y más terribles»⁵⁴.

⁵² I. B. Wells, *Crusade for Justice: The Auto-Biography of Ida B. Wells*, cit., p. 149.

⁵³ Ralph GINZBURG, *One Hundred Years of Lynchings*, Nueva York, Lancer Books, 1969, p. 96.

⁵⁴ I. B. Wells, *Crusade for Justice: The Auto-Biography of Ida B. Wells*, cit., p. 63.

Los artículos de Wells en el *New York Age* animaron a las mujeres negras a organizar una campaña en su apoyo que, finalmente, condujo a la creación de los clubes de mujeres⁵⁵. Fruto de sus esfuerzos pioneros, las mujeres negras de todo el país se involucraron activamente en la cruzada contra los linchamientos. La propia Ida B. Wells viajó de ciudad en ciudad, haciendo llamamientos tanto a sacerdotes como a profesionales y a obreros para que denunciaran las atrocidades de la ley Lynch. En el transcurso de sus viajes al extranjero, se organizó un movimiento de solidaridad de grandes dimensiones en Inglaterra que tuvo un acusado impacto en la opinión pública estadounidense. Fue tal el alcance de su éxito que desató la ira de *The New York Times*.

Al día siguiente del regreso de la señora Wells a Estados Unidos, un negro atacó a una mujer blanca en la ciudad de Nueva York «con la intención de satisfacer su impulso sexual y de robarla» [...]. Las circunstancias de este malvado crimen puede que sirvan para convencer a esta misionera mulata de que la divulgación, precisamente ahora y en Nueva York, de su teoría de los ultrajes a los negros es, por no decir otra cosa, inoportuna⁵⁶.

Otra destacada líder negra que dedicó sus energías a la lucha contra el linchamiento fue Mary Church Terrell, la primera presidenta de la Asociación Nacional de Mujeres de Color. En 1904, respondió al virulento artículo escrito por Thomas Nelson Page «The Lynching of Negroes—Its Cause and Prevention» [«El linchamiento de los negros: sus causas y su prevención»]. Ella publicó un ensayo en el *North American Review*, donde había aparecido el artículo de Page titulado «Lynching From a Negro's Point of View» [«El linchamiento desde un punto de vista negro»]. Con una lógica aplastante, Terrell refutó sistemáticamente la justificación de Page del linchamiento como una respuesta comprensible a los supuestos ataques sexuales contra las mujeres blancas⁵⁷.

Treinta años después de que Ida B. Wells hubiera iniciado la campaña contra el linchamiento se fundó una organización llamada las Guerreras Antilinchamiento [Anti-Lynching Crusaders]. Creada en 1922 bajo los auspicios de la NAACP y presidida por Mary Talbert, su objetivo era crear un movimiento interracial de mujeres contra los linchamientos.

¿Que será lo siguiente que hará Mary B. Talbert? ¿Qué será lo siguiente que harán las mujeres de color estadounidenses bajo su liderazgo? Ha nacido una organización de mujeres

⁵⁵ Véase capítulo 8 de este libro.

⁵⁶ I. B. Wells, *Crusade for Justice: The Auto-Biography of Ida B. Wells*, cit., p. 218.

⁵⁷ G. Lerner, *Black Women in White America: A Documentary History*, cit., pp. 205-211.

de color para reunir en diciembre de 1922 a UN MILLÓN DE MUJERES de todos los tipos y colores contra el linchamiento.

¡Tenga cuidado señor Linchador!

Esta clase de mujeres casi siempre consigue lo que busca⁵⁸.

No era la primera vez que las mujeres negras habían tendido sus manos a sus hermanas blancas. Con su lucha, estaban siguiendo la tradición de figuras históricas de la talla de Sojourner Truth y Frances E. W. Harper. Ida B. Wells se había dirigido personalmente a las mujeres blancas, al igual que había hecho su contemporánea Mary Church Terrell. Y, colectivamente, los clubes de mujeres negras habían intentado convencer al movimiento de los clubes de mujeres blancas para que canalizaran parte de sus energías hacia la campaña contra los linchamientos.

Las mujeres blancas no respondieron en masa a tales llamadas hasta que en 1930 fue fundada la Asociación de Mujeres Sureñas para la Prevención del Linchamiento [Association of Southern Women for the Prevention of Lynching] bajo el liderazgo de Jessie Daniel Ames⁵⁹. Esta asociación se creó con la intención de condenar la afirmación de que el linchamiento era necesario para la protección de la feminidad sureña:

El programa de las mujeres sureñas ha estado dirigido a exponer la falsedad de la afirmación de que el linchamiento es necesario para su protección y para llamar la atención sobre el peligro real que supone el linchamiento para todos los valores del hogar y de la religión⁶⁰.

El reducido grupo de mujeres que acudió a la reunión de Atlanta en la que se formó la asociación debatió el papel de las mujeres blancas en los linchamientos que se habían producido en la época más reciente. Las mujeres solían estar presentes en los encuentros de las turbas, ellas señalaban y, en algunos casos, participaban activamente en los grupos que perpetraban los linchamientos. Además, aquellas mujeres blancas que permitían a sus hijos presenciar los asesinatos de negros estaban adoctrinándoles en los hábitos racistas del Sur. Un estudio sobre el linchamiento realizado por Walter White y publicado el año anterior a que se produjera esta reunión de mujeres sostenía que una de las peores consecuencias de estas turbas asesinas era la influencia perniciosa que ejercía sobre los niños blancos sureños. En un viaje que White realizó a Florida para investigar un linchamiento, una niña de nueve o diez años de edad le contó «lo bien que lo habíamos pasado quemando a los negros»⁶¹.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 215.

⁵⁹ Véase Jessie Daniel AMES, *The Changing Character of Lynching, 1931-1941*, Nueva York, AMS Press, 1973.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 19.

⁶¹ W. White, *Rope and Faggot: A Biography of Judge Lynch*, cit., p. 3.

En 1930, Jessie Daniel Ames y sus compañeras fundadoras de la Asociación de Mujeres Sureñas para la Prevención del Linchamiento decidieron reclutar a las masas de mujeres blancas del Sur a la campaña para derrotar a las turbas racistas empeñadas en matar a personas negras. Finalmente, consiguieron sumar más de cuarenta mil firmas a la petición presentada por la asociación:

Declaramos que el linchamiento es un crimen indefendible, contrario a todos los principios del gobierno, odioso e irreconciliable con todos los ideales de la religión y de la humanidad, que degenera y degrada a todas las personas que participan en él [...]. La opinión pública ha aceptado demasiado fácilmente la afirmación de los linchadores y de los malhechores de que ellos estaban actuando únicamente en defensa de la feminidad. A la luz de los hechos, ya no estamos dispuestas a permitir que esta afirmación no reciba una contestación, ni a admitir que aquellos que insisten en la venganza personal y en el salvajismo cometan actos de violencia y de ilegalidad en nombre de las mujeres. Nos comprometemos solemnemente a crear una nueva opinión pública en el Sur, que no condone, bajo ningún motivo, los actos de violencia colectiva o los perpetrados por los linchadores. Enseñaremos a nuestros niños en casa, en la escuela y en la iglesia una nueva interpretación de la ley y de la religión; ayudaremos a todos los cargos públicos a defender aquello que han jurado al aceptar su puesto; y, finalmente, nos uniremos a cualquier sacerdote, editor, maestro o ciudadano patriótico para llevar a cabo un programa educativo que tenga como fin erradicar para siempre los linchamientos y las turbas violentas de nuestra nación⁶².

Estas valientes mujeres blancas encontraron oposición, hostilidad e, incluso, vieron amenazas sus vidas. Sus contribuciones fueron de un valor inestimable dentro de la cruzada global contra los linchamientos. Sin su implacable campaña de peticiones, de cartas, sus reuniones y sus manifestaciones, la marea de linchamientos no habría remitido en un periodo tan breve de tiempo. Aun así, la Asociación de Mujeres Sureñas para la Prevención del Linchamiento llegaba con cuarenta años de retraso. Las mujeres negras habían estado dirigiendo la campaña contra los linchamientos durante al menos cuatro décadas y durante prácticamente todo ese tiempo habían suplicado a sus hermanas blancas que se unieran a ellas. Una de las mayores debilidades del estudio de Susan Brownmiller sobre la violación es su absoluta falta de atención a los esfuerzos pioneros de las mujeres negras en el movimiento contra los linchamientos. Aunque merecidamente elogia a Jessie Daniel Ames y a la Asociación de Mujeres Sureñas para la Prevención del Linchamiento, Brownmiller ni siquiera dedica una fugaz mención a Ida B. Wells, a Mary Church Terrell o a Mary Talbert y las Guerreras Antilinchamiento.

⁶² Véase J. D. Ames, *The Changing Character of Lynching, 1931-1941*, cit., p. 64.

Aunque la Asociación de Mujeres Sureñas para la Prevención del Linchamiento fuera una repuesta tardía a las llamadas de sus hermanas negras, el gran alcance de los logros de estas mujeres ilustra de manera dramática el lugar especial que ocupan las mujeres blancas en la lucha contra el racismo. Cuando Mary Talbert y sus Guerreras Antilinchamiento tendieron su mano a las mujeres blancas pensaron que éstas podían identificarse más fácilmente con la causa de los negros en virtud de su propia opresión como mujeres. Además, el propio linchamiento, en cuanto terrorífico dispositivo racista, también servía para reforzar el dominio masculino.

Toda la serie de restricciones que los hombres imponen a las mujeres —la dependencia económica, no acercarse a ninguna tarea que no sea «educada, refinada y femenina» y no desarrollar actividad intelectual alguna en ningún campo que no sea el de la vida doméstica— ha ejercido una presión más abrumadora sobre las mujeres, y se ha mantenido de manera más rígida en el Sur que en ninguna otra parte del país⁶³.

En ningún momento de la cruzada contra el linchamiento las críticas a la manipulación racista de la acusación de violación pretendieron excusar a los hombres negros que realmente cometieron el delito de agresión sexual. Ya en 1894, Frederick Douglass advertía de que sus pronunciamientos contra el mito del violador negro no debían malinterpretarse como una defensa de la propia violación.

No pretendo dar a entender que los negros son unos santos y unos ángeles. No niego que sean capaces de cometer el crimen que se les imputa, pero me opongo absolutamente a la afirmación de que ellos están inclinados a la comisión de este delito más de lo que en realidad lo esté cualquier otro grupo de la familia humana [...]. No defiendo a ningún hombre culpable de este crimen atroz, sino a las personas de color como clase⁶⁴.

El resurgimiento del racismo a mediados de la década de 1970 ha estado acompañado de la reaparición del mito del violador negro. Desgraciadamente, algunas veces las mujeres blancas vinculadas a la batalla contra la violación han legitimado este mito. Un ejemplo de ello se encuentra en el fragmento final del capítulo del libro de Susan Brownmiller titulado «A Question of Race» [«El problema de la raza»]:

Actualmente, la incidencia de las auténticas violaciones y el papel que ocupa en la imaginación el espectro intimidatorio del violador, en particular el mitificado espectro del hombre negro como violador, y al que hoy en día él mismo contribuye en nombre de su masculi-

⁶³ W. White, *Rope and Faggot: A Biography of Judge Lynch*, cit., p. 159.

⁶⁴ P. Foner, *The Life and Writings of Frederick Douglass*, vol. 4, cit., p. 496.

nidad, deben interpretarse juntamente como un mecanismo de control sobre la libertad, la movilidad y las aspiraciones de todas las mujeres, tanto blancas como negras. La confluencia del racismo y el sexismo necesariamente tenía que ser un punto de confrontación. Fingir que no existe no sirve de nada⁶⁵.

La provocadora distorsión a la que somete Brownmiller sucesos históricos como el de los Nueve de Scottboro, Willie McGee y Emmett Till está hilada para disipar cualquier sentimiento de solidaridad hacia los hombres negros que son víctimas de acusaciones falsas de violación. En el caso de Emmett Till, ella claramente invita a deducir que, si este chico de catorce años no hubiera sido disparado en la cabeza y arrojado al río Tallahatchie después de haber silbado a una mujer blanca, probablemente hubiera conseguido violar a otra.

Brownmiller intenta convencer a sus lectores de que las palabras absurdas e intencionadamente sensacionalistas de Eldridge Cleaver, que llamó a la violación un «acto de insurrección» contra la «sociedad blanca», son representativas. Parece como si, expresamente, quisiera hacer brotar en la imaginación de los lectores a ejércitos de hombres negros, con sus penes erectos, cargando pilas para embestir a las mujeres blancas que se les crucen por delante. En las filas de este ejército están el fantasma de Emmett Till, el violador Eldridge Cleaver⁶⁶ e Imamu Baraka⁶⁷, que en una ocasión escribió «Levanta, nihilismo negro dadá. Viola a las chicas blancas. Viola a sus padres. Degüella a sus madres». Pero Brownmiller va más lejos. No sólo incluye a hombres como Calvin Hernton⁶⁸, cuyo libro es inequívocamente sexista, sino, también, a otros hombres como George Jackson⁶⁹, que nunca intentó justificar una violación. Ella sostiene que las ideas de Cleaver

⁶⁵ S. Brownmiller, *Against Our Will: Men, Women and Rape*, cit., p. 255.

⁶⁶ Conocido líder de las Panteras Negras que, después de abandonar Estados Unidos en 1975 huyendo de la represión, regresó, a principios de la década de los ochenta, convertido al cristianismo y al anticomunismo e ingresó en el Partido Republicano. Poco después fue acusado de violación, aunque no era la primera vez en su vida que se enfrentaba a cargos por cometer este delito, y fue absuelto por falta de pruebas [N. de la T.].

⁶⁷ Poeta y dramaturgo conocido como «el poeta del odio». Su nombre original era Everet LeRoi Jones pero lo cambió al ingresar en la secta Kewaida [N. de la T.].

⁶⁸ Poeta y ensayista, entre sus libros se encuentran *Sex and Racism in America*, Nueva York, Grove Press, 1966, y *Coming Together: Black Power, White Hatred and Sexual Hang-ups*, Nueva York, Random House, 1971 [N. de la T.].

⁶⁹ George Jackson fue condenado a un periodo en prisión indeterminado entre un año y cadena perpetua cuando tenía diecisiete años por haber sido acusado de robar 70 dólares en una gasolinera. Cuando todavía se encontraba en prisión, el día 13 de enero de 1970, su compañero W. L. Nolen y otros dos reclusos fueron asesinados por uno de los guardias, quien fue absuelto inmediatamente de los cargos por tratarse, según la sentencia, de un «homicidio justificado». Poco tiempo después este

reflejan una corriente de pensamiento extendida entre los intelectuales y escritores masculinos negros que llegó a ponerse bastante de moda al final de la década de los sesenta y que fue recibida con un sorprendente entusiasmo por hombres blancos radicales y por algunos sectores de las élites intelectuales blancas como excusa perfectamente aceptable de las violaciones cometidas por hombres negros⁷⁰.

La argumentación sobre la violación y la raza de Susan Brownmiller evidencia un partidismo inconsciente que linda con el racismo. Su intento de defender la causa de todas las mujeres hace que en algunos momentos se encastille en una postura de defensa de la causa particular de las mujeres *blancas* sin tener en cuenta sus implicaciones. Su análisis del caso de los Nueve de Scottsboro es un ejemplo revelador. Como ella misma señala, esos nueve jóvenes acusados y condenados por violación pasaron muchos años de sus vidas en una prisión porque dos mujeres blancas cometieron perjurio en la tribuna de los testigos. Pese a ello, el único sentimiento que le inspiran los hombres negros que fueron condenados y el movimiento que se organizó para defenderles no es sino de desprecio, mientras que su simpatía hacia las dos mujeres blancas es evidente.

La izquierda luchó mucho por estos símbolos de la injusticia racial, haciendo pasar por cándidos héroes a un puñado de tipos patéticos y semianalfabetos que habían caído en las fauces de la jurisprudencia sureña y que sólo querían salir absueltos⁷¹.

Por otro lado, las dos mujeres blancas, cuyo falso testimonio envió a los Nueve de Scottsboro a prisión, estaban

acorraladas por una legión de hombres blancos que partían de la convicción de que se había producido una violación. Aturdidas y temerosas se sometieron a lo que se les pedía⁷².

mismo guardia apareció asesinado y George Jackson fue acusado del crimen junto a otros reclusos. Después de que, a raíz de estos mismos hechos, el hermano de Jackson fuera también asesinado por la policía, él mismo fue disparado en el patio de la prisión y los guardias alegaron que tenía una pistola que pretendía utilizar para escapar. Angela Davis, que había participado en la denuncia pública de este caso, conocido como Soledad Brothers, fue acusada de haberle ayudado a preparar su supuesto intento frustrado de fuga. Después de permanecer dos meses buscada por la policía, fue finalmente encarcelada, juzgada y absuelta. En 1970, George Jackson había escrito un libro titulado *Soledad Brothers: Cartas de prisión*, Barcelona, Barral Editores, 1972 [N. de la T.].

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 248-249.

⁷¹ *Ibid.*, p. 237.

⁷² *Ibid.*, p. 233.

Ninguna persona puede negar que estas mujeres fueron manipuladas por los racistas de Alabama. Sin embargo, no es correcto retratar a las mismas como títeres inocentes y absolverlas de la responsabilidad de haber colaborado con las fuerzas del racismo. Al elegir colocarse del lado de las mujeres blancas sin prestar atención a las circunstancias concretas, la propia Brownmiller está capitulando ante aquéllas. Actualmente, el hecho de que deje de alertar a las mujeres blancas sobre la urgencia de combinar una oposición feroz al racismo con la necesaria batalla contra el sexismo supone un importante estímulo a las fuerzas del racismo.

El mito del violador negro continúa haciendo funcionar el insidioso mecanismo de la ideología racista. Él es responsable, en gran medida, de la incapacidad de la mayoría de las teóricas del movimiento antiviolación para indagar la identidad del enorme número de violadores anónimos que continúan sin ser denunciados, juzgados y condenados. Mientras sus análisis se concentran en los hombres acusados de violación a los que se denuncia y se detiene —que en realidad representan sólo una parte de las violaciones que realmente se cometen—, es inevitable que los hombres negros, y otros hombres de color, sean considerados los villanos responsables de la actual epidemia de violencia sexual. Consiguientemente, el anonimato que rodea a la gran mayoría de las violaciones se trata como un detalle estadístico, cuando no como un misterio cuyo significado es indesciftable.

Sin embargo, la primera pregunta que debemos plantearnos es por qué hay tantos violadores anónimos. ¿No podría ser este anonimato un privilegio del que disfrutaban algunos hombres cuyo *status* les protege de ser procesados? A pesar de que se sabe que los hombres blancos que ocupan una posición privilegiada, como los empresarios, los ejecutivos, los políticos, los doctores, los catedráticos, etc., se «aprovechan» de las mujeres que consideran socialmente inferiores a ellos, sus fechorías sexuales raras veces salen a luz ante los tribunales. Así pues, ¿no es bastante probable que estos hombres de la clase media y de la clase capitalista representen una proporción significativa de los violadores cuyas agresiones no se denuncian? Indudablemente, muchas de estas violaciones sin denunciar tienen como víctimas a mujeres negras, cuya experiencia histórica demuestra que la ideología racista implica una abierta invitación a la violación. Al igual que durante la esclavitud la licencia para violar a las mujeres negras se basaba en el poder económico de los propietarios de esclavos, la estructura de clases de la sociedad capitalista también encubre un incentivo para violar. De hecho, parece que los hombres de la clase capitalista y sus compañeros de clase media son inmunes a un proceso judicial porque cometen sus agresiones sexuales con la misma autoridad incuestionada que legitima sus ataques cotidianos al trabajo y a la dignidad de los trabajadores.

Siempre ha sido un secreto a voces la existencia del propagado fenómeno del acoso sexual en el trabajo. De hecho, es precisamente en el trabajo donde las mujeres son más vulnerables, especialmente cuando no están sindicadas. Después de haber dejado asen-

tado su dominio económico sobre sus subordinadas femeninas, los patrones, los gerentes y los capataces pueden pretender afirmar su autoridad en términos sexuales. El hecho de que las mujeres de clase trabajadora sufran una explotación más intensa que los hombres de su misma clase amplifica su vulnerabilidad al abuso sexual, mientras que, simultáneamente, la coerción sexual que se ejerce sobre ellas refuerza su vulnerabilidad a la explotación económica.

La creencia de que su virilidad les concede el privilegio de dominar a las mujeres puede ser un motivo de violación para los hombres de clase trabajadora, independientemente del color de su piel. En la medida en que no detentan —a menos de que se trate de un hombre blanco violando a una mujer de color— la autoridad económica o social que les garantice la inmunidad a un proceso judicial, el incentivo no es ni remotamente tan fuerte como para los hombres de la clase capitalista. Cuando los hombres de la clase trabajadora aceptan la invitación a violar que les ofrece la ideología machista, están aceptando un soborno, una compensación ilusoria por su impotencia.

La estructura de clases del capitalismo alienta a los hombres que ostentan el poder económico y político a convertirse en agentes habituales de explotación sexual. La desorbitada incidencia actual de la violación coincide con un momento en que la clase capitalista está reafirmando ferozmente su autoridad frente a una serie de transformaciones a escala global y local. Tanto el racismo como el sexismo, que ocupan un lugar privilegiado en su estrategia doméstica de incremento de la explotación económica, están recibiendo un empuje sin precedentes. La coexistencia del aumento de la incidencia de la violación con el hecho de que la posición de las mujeres trabajadoras haya empeorado de modo visible no es mera coincidencia. Las pérdidas económicas que han sufrido las mujeres trabajadoras han sido tan severas que sus salarios son más bajos respecto al de los hombres que hace una década. La expansión de la violencia sexual es la cara más brutal de la intensificación generalizada del sexismo que, necesariamente, acompaña a este asalto económico.

Siguiendo un modelo instaurado por el racismo, el ataque contra las mujeres es un calco de la deteriorada situación de los trabajadores de color así como de la creciente influencia del racismo en el sistema judicial, en las instituciones educativas y en la postura negligente premeditada que ha adoptado el gobierno hacia las personas negras y hacia otras personas de color. El signo más dramático de la peligrosa resurgencia del racismo se encuentra en la visibilidad que ha cobrado el Ku Klux Klan y en la correlativa oleada de ataques violentos contra negros, chicanos, puertorriqueños e indios de América del Norte. La actual epidemia de violaciones acusa una extraordinaria similitud con esta violencia encendida por el racismo.

Debido a la actual complejidad del contexto social en el que se produce la violación, toda tentativa de tratarla como un fenómeno aislado está llamada al fracaso. Una estrategia efectiva contra la violación debe apuntar a algo más que a la erradicación única-

mente de la violación o, siquiera, del sexismo. La lucha contra el racismo debe ser un tema presente en todo momento en el movimiento antiviolación, que no sólo debe defender a las mujeres de color sino, además, a las muchas víctimas de la manipulación que se hace de la acusación de violación. Si bien, dadas las dimensiones que ha cobrado el ejercicio de la violencia sexual, es posible hablar de ella en términos de crisis, ésta constituye uno de los aspectos de una crisis profunda y declarada del capitalismo. La amenaza de violación, que es la cara violenta del sexismo, continuará existiendo mientras la opresión global de las mujeres siga siendo un sostén esencial para el capitalismo. El movimiento contra la violación, así como las importantes actividades que actualmente realiza —y que abarcan desde la ayuda emocional y legal hasta la autodefensa y las campañas educativas—, debe colocarse en un contexto estratégico que aspire a la derrota final del capitalismo monopolista.